ANTONIO PASO Y EMILIO SAEZ

¿QUE DA USTED POR EL CONDE?

Comedia de enredo en tres actos **50 cts.**

(128)
19

la pantalla

Semanario Español de Cinematografía.

Director: ANTONIO BARBERO
Editado en RIVADENEYRA
Paseo de San Vicente, 20.
MADRID

Publica todas las semanas, como mínimo, 16 grandes páginas profusamente ilustradas en huecograbado.

TODOS LOS AFICIONADOS AL CINE DEBEN LEER LA PANTALLA, QUE CONSTITUYE LA VERDADERA GUÍA DE LA CINEMATOGRAFÍA MUNDIAL

Precios de suscripción: Madrid, provincias y posesiones españolas: semestre, 5,50 pesetas; año, 10.—América, Filipinas y Portugal: semestre, 7 pesetas; año, 12.—Extranjero: semestre, 11 pesetas; año, 20.

¿QUE DA USTED POR EL CONDE?

ANTONIO PASO
Y EMILIO SAEZ

¿Qué da usted por el Conde?

COMEDIA DE ENREDO
EN TRES ACTOS

Estrenada en el teatro de la Comedia,
de Madrid, el 24 de diciembre de 1929.

DIBUJOS DE ALONSO

LA FARSA
AÑO IV | 8 DE FEBRERO DE 1930 | NUM. 126
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Coralito	Consuelo Hidalgo.
Doña Belén	María Mayor.
Baronesa	María López Martínez.
Iluminada	Teresita Zori.
Suzane	Pilar Arroyo.
Lucía	Julia Galán.
Bravo	Casimiro Ortas.
Conde	Pedro Zorrilla.
Luis	Antonio Riquelme.
Mármol	Mariano Azaña.
Manso	Eduardo Pedrote.
Gerente	Manuel Gutiérrez.
Lafuente	Antonio Rodríguez.

ACTO PRIMERO

Un "hall" en un hotel del Sardinero, en Santander. Al fondo, terraza con balaustrada, por la que se verá el mar. Lateral derecha del actor, las cajas-libros, que figuran dan entrada al "hall", y una pequeña rotonda, donde hay un piano y algunos atriles. Lateral izquierda: en primer término, una puerta; y en segundo ídem, arranque de escalera. En primer término y casi un poco a la izquierda, una mesita, y sobre ella, periódicos ilustrados y un cenicero. Muebles apropiados.

(Al levantarse el telón es por la tarde; luego, paulatinamente, va anocheciendo. Sentado al lado de la mesita del centro aparecerá el CONDE, *de unos cincuenta y cinco años. Viste un traje que en sus tiempos debió haber sido bueno, pero por el mucho uso, y a fuerza de cepillarlo y limpiarlo, está raído. Por la derecha sale* LAFUENTE, *camarero del hotel. Se dirige al Conde.)*

LAFUENTE.—¿Qué va usted a tomar?

CONDE.—*(Muy serio.)* Lo mismo que antes.

LAFUENTE.—¿Qué tomó usted antes?

CONDE.—Nada.

LAFUENTE.—*(Un poco molesto por el camelo.)* ¿Se la sirvo con soda o con agua natural?

672918

CONDE.—Sírvemelo con gracia, porque eso que has dicho no me ha hecho ninguna.

LAFUENTE.—Usted perdone; pero es que...

CONDE.—*(Sin dejarle acabar.)* Lo que me vas a hacer el favor es de decirle al señor Mármol, ese joven que está contratado para cantar tangos argentinos, que no olvide que le espera aquí quien él sabe.

LAFUENTE.—Está bien. *(Hace mutis por la segunda derecha.)*

(Por la escalera baja la BARONESA, *de unos cuarenta y cinco a cincuenta años, pero bien conservada. Viste un elegantísimo traje de noche. Esta señora, tanto en el vestir como en sus ademanes, demostrará que quiere ser elegante y noble, y se la ve la partida de bautismo. No debe exagerar mucho la ordinariez.)*

BARONESA.—*(Como si hablase con alguien dentro.)* Que no dejen de salir esas cartas hoy mismo, que las están esperando mis íntimos los príncipes de Baden-Baden, el duque de Cucanda y el marqués de Torres-Caídas. *(Avanza resueltamente, y al ver al Conde, exclama.)* ¡Pero, Conde! ¿Cómo usted aquí en Santander?

CONDE.—*(Contrariado y aparte.)* La Baronesa... *(A ella y disimulando.)* ¡Mi buena amiga Cirila!

BARONESA.—¡No, por Dios! No me llame usted por mi nombre. *(Con desprecio.)* ¡La Cirila! Suena a vulgar, ¿verdad?

CONDE.—Y a enfermedad; sí, tiene usted razón.

BARONESA.—Por eso aquí no me conocen más que por la baronesa de Campanario.

CONDE.—Que suena mejor.

BARONESA.—*(Sentándose.)* Qué raro encontrarnos aquí, ¿verdad?

CONDE.—Muy raro.

BARONESA.—En esta época nos hemos encontrado casi siempre en París... Alguna vez, en Suiza... Este no es nuestro ambiente. Ahora en España todo lo acaparan los negociantes. ¡Claro, como el dinero ya no lo tienen más que ellos!

CONDE.—¡Qué asco!

BARONESA.—Y el caso es que de esta plaga de los tiempos nos vamos todos contagiando. No hay ya quien, por muy aristócrata que sea, se detenga ante un buen negocio que se le presente.

CONDE.—Sí, Baronesa, sí. ¡Hasta príncipes de sangre!... ¿Quién no ha intervenido en la venta de algún automóvil de segunda mano?

BARONESA.—Sería difícil encontrarlo.

CONDE.—Sobre todos los descubrimientos, esta es la época

le dos cosas: la venta de coches usados y las camas turcas.

BARONESA.—Yo he vendido la mía.

CONDE.—Lo sé: la he visto en el camerino de Rambal.

BARONESA.—*(Confidencialmente.)* Pues yo estoy aquí con-ra mi voluntad, porque he venido a algunos negocios.

CONDE.—¡Ah! ¿Sí?

BARONESA.—*(En igual tono.)* Hay quien tiene mucho dinero no sabe qué hacer con él.

CONDE.—*(Vislumbrando un préstamo.)* Bueno, Baronesa, yo odría proponer a usted una operación.

BARONESA.—¿Tiene usted escasez de dinero?

CONDE.—¿Cómo escasez? Ausencia total. Y por intereses no o deje usted.

BARONESA.—¡Imposible! Y crea usted que siento no poder yudarle. Pero he cambiado de industria. Hay que ir con la orriente. Desde que la democracia invade el mundo, son nás buscados los aristócratas, y hoy en casa de los nuevos icos pagan los rancios yernos como una preciosidad arqueo-ógica.

CONDE.—*(Acicalándose.)* Usted ya sabe que yo soy soltero.

BARONESA.—¡No, por Dios, amigo Conde! Usted arqueoló-icamente está bien; pero como preciosidad... Si tuviera usted reinta años menos...

CONDE.—Permítame... El barón de Campanario pasaba de os setenta cuando se casó con usted.

BARONESA.—Usted ignora las circunstancias en que celebra-nos nuestro casamiento. El viejo me debía muchísimas pese-as, y como no veía la manera de cobrarlas, me dije: "Este ne las paga", y me casé con él.

CONDE.—¡Qué réditos más brutales!

BARONESA.—¡Suena tan bien que la llamen a una Baronesa!

CONDE.—Bueno; pero si alguna vez le piden a usted un no-ol· maduro...

BARONESA.—Ahora tengo el encargo de buscar un noble para na chica tres veces millonaria.

CONDE.—¿Quién más noble que yo?

BARONESA.—Tenga usted en cuenta que se trata de una chi-a muy joven y guapísima.

CONDE.—No me importa.

BARONESA.—A usted no, pero a ella... Ella quiere que sea joven y que no tenga mal ver.

CONDE.—*(Que se ha quedado reflexionando.)* ¿Y si yo pu-diera proporcionarle uno?

BARONESA.—Con mucho gusto partiría con usted la comi-sión.

CONDE.—¿Qué dará por un conde?

BARONESA.—Según el estado en que esté.

CONDE.—Impecable. Se trata de mi sobrino.

BARONESA.—¡Ah!, ¿pero usted tiene un sobrino?

CONDE.—Hijo de mi difunto hermano el conde de Albarin y de mi cuñada la hija del duque de Abridores. ¡Un pur sangre!

BARONESA.—¿Su aspecto?

CONDE.—*(Dándose importancia.)* ¡Oh!... Cuando se sepa qu lo pongo en venta, me lo quitan de las manos.

BARONESA.—*(Alarmada.)* ¡No irá usted a subastarlo!

CONDE.—No; en igualdad de condiciones, es usted preferida

BARONESA.—¿Tiene alguna condición especial?

CONDE.—Sí, señora: canta.

BARONESA.—¡Oh! ¿Opera, quizá?

CONDE.—Nada de ópera; su canto es más moderno.

BARONESA.—¿Salía en *La copla andaluza?*

CONDE.—Canta tangos.

BARONESA.—¿De veras?

CONDE.—Es ese que canta aquí.

BARONESA.—¿Qué me dice usted? Ese chico tan simpátic que tiene locas a todas las mujeres del hotel, ¿es su sobrino

CONDE.—Mi sobrino Felipe Mármol, conde de Albarinc Aquí llega, precisamente.

(Por la escalera llega Mármol. De unos veintiocho años rubio, melena larga y lacia. De vez en cuando sacará un pei ne y se la peinará.)

MÁRMOL.—*(Cantando a media voz y alisándose el pelo.)*

Sonó un disparo,
cayó la paica
y una ambulancia
se la llevó.

BARONESA.—¡Qué voz más dulce!

CONDE.—¡Es un hacha!

MÁRMOL.—*(Avanzando.)* Querido ti... *(Al ver a la Barone sa.)* ¡Ah!... Perdón.

CONDE.—*(Presentándola.)* La baronesa de Campanario.

MÁRMOL.—Mucho gusto.

BARONESA.—El gusto es mío, Conde.

MÁRMOL.—Pero... ¡Cómo!... ¿Usted sabe?

CONDE.—Sí, hombre, sí; se lo he dicho yo.

MÁRMOL.—¡Oh, qué vergüenza! ¡Si esto se corre por e hotel!...

BARONESA.—Por mí no tenga usted cuidado; yo soy un arca.

MÁRMOL.—¡Si supieran que el hijo único del conde de Albarino canta tangos!... Claro que los canto porque mi padre, al morir, no me dejó más que la voz.

CONDE.—La voz y la figura; porqué *(A la Baronesa.)* ya se habrá usted fijado...

BARONESA.—Sí, no está mal.

CONDE.—En su clase, no lo hay mejor. Conque... ¿cuánto? Ya sabe usted que a mí no me gusta regatear.

BARONESA.—Falta que él se preste.

CONDE.—Seguramente. *(A él.)* Oye, pequeño: aquí, la Baronesa, me dice que hay medios de vida más tranquilos que el de cantar tangos por quince pesetas, un té con leche y una ensaimada.

MÁRMOL.—¿Saben ustedes de algún otro empleo mejor?

BARONESA.—Mejor y más agradable.

CONDE.—El de millonario, nada menos. Me parece que es un empleíto.

MÁRMOL.—No comprendo...

CONDE.—Acláreselo.

BARONESA.—En el acto. Querido Conde: hace poco más de un mes hice amistad en cierto balneario con la esposa de un rico almacenista. De tal modo simpatizamos la acaudalada señora y yo, que en un momento de efusión, hablando de su hija, me confió el encargo de buscarla un yerno noble.

MÁRMOL.—Señora, usted me confunde.

BARONESA.—*(Con alegría.)* ¿Acepta?

MÁRMOL.—Usted me confunde con una gramola o con un saco de patatas. Yo estoy en este escaparate ganándome la vida, pero no en venta.

CONDE.—¡Ah! Pero... ¿hablas en serio?

MÁRMOL.—Y tan en serio, tío. Antes que vender mi árbol genealógico prefiero la pebeta y el araca corazón. ¡Mi árbol sobre todo!

CONDE.—¡Pero si se está secando! Y este enlace era una especie de poda... ¡Florecería de nuevo lozano!...

MÁRMOL.—No puedo, tío, no puedo. Máteme usted, pero no puedo.

BARONESA.—*(Al Conde.)* No hay nada que hacer. Usted habrá visto mi buena intención, pero... Hasta luego, y siento mucho su negativa.

MÁRMOL.—Mi árbol y nada más que mi árbol. *(La Baronesa hace mutis primera derecha.)*

CONDE.—Tu árbol, que en esta ocasión es un alcornoque. ¡Me has partido!

MÁRMOL.—¿Llevabas parte en el negocio?

CONDE.—¡Naturalmente! Ya conoces mi situación.

MÁRMOL.—¿Pero no recibiste las quinientas pesetas que te mandé?

CONDE.—¿Y qué son quinientas pesetas para las trampas que tenía que tapar? La pensión, el sastre...

MÁRMOL.—¿Pero las has tapado?

CONDE.—Siguen al descubierto. Me encontré en Regina a una conocida de mis buenos tiempos, cuando tenía dinero... Una muchacha muy guapa y que me quería... todo lo que pueden querer esa clase de mujeres. Me evocó el pasado, me dijo que la convidase a cenar, me pidió doscientas pesetas...

MÁRMOL.—Y adiós las quinientas.

CONDE.—No; solamente me despedí de cuatrocientas. Con cien he llegado aquí; pero al ir a cambiar el billete para pagar el "taxis" ha resultado falso.

MÁRMOL.—¿Es posible?

CONDE.—Como lo oyes; pero no te apures, ya sabes que yo, ante las desgracias, me crezco, y a un señor que estaba a la entrada del Hotel y que tenía una cara de primo que alentaba, le indiqué si podía cambiármelo y me lo cambió.

MÁRMOL.—¡Qué fatalidad!

CONDE.—Sí, hijo, sí, una fatalidad; porque ya que tuve la suerte de tropezar con un imbécil así, debía haber sido el billete por lo menos de quinientas pesetas.

MÁRMOL.—¿Y por qué no piensas en colocarte?

CONDE.—¿Yo? ¿Seguir tu camino yo?

MÁRMOL.—Créeme que es lo más eficaz. Quizá aquí mismo. Sí, sí; yo hablaré al gerente del Hotel...

CONDE.—*(Horrorizado.)* ¿Aquí, en el Hotel?

MÁRMOL.—¿Por qué no? Sí, sí; voy ahora mismo. *(Haciendo mutis por la izquierda.)*

CONDE.—*(Detrás de él.)* Espera..., oye. Este es capaz de ponerme de botones en el ascensor. *(Hace mutis detrás de él. Por la derecha sale* ARGIMIRO MANSO, *de unos cuarenta y cinco años; es un rico ganadero. El* CAMARERO *sale con él.)*

MANSO.—De modo que estaba en su cuarto el señorito Luis.

CAMARERO.—Y me dijo que venía en seguida. *(Fijándose en el foro derecha.)* Ahí lo tiene usted.

MANSO.—Muchas gracias. *(El Camarero se retira. Por la derecha sale* LUIS, *de unos veintiséis años; viste bien y a la moderna.)*

LUIS.—*(Sorprendido.)* ¡Tío! ¿Pero eres tú?

MANSO.—Yo mismo: Argimiro Manso, tu tío.

LUIS.—¿Pero a qué has venido?

MANSO.—Te sorprende, verdad? Pues lo vas a saber en seguida. Mira, Luis: en veinte días que llevas aquí me has pedido tres veces dinero: el tercer telegrama lo recibí ayer...

LUIS.—¡Ah, vamos, sí!... Has venido a traérmelo tú mismo. ¿Pero por qué te has molestado? Más cómodo era para ti...

MANSO.—Lo más cómodo para mí es no dártelo, porque no sé si sabrás que de los treinta toros que he vendío en lo que va de temporada, a veinticinco le han puesto la caperuza.

LUIS.—¿Veinticinco con caperuza?

MANSO.—Con decirte que cuando los arrastraban parecía la Cofradía del Silencio.

LUIS.—Bueno; pero los otros cinco...

MANSO.—Los otros cinco me los desecharon por cojos.

LUIS.—Es mala pata. Y bueno, todo es para negarme...

MANSO.—Mira, niño: llevas diez años estudiando la carrera de Farmacia: en los diez años has sacado un notable.

LUIS.—*(Con orgullo.)* Sí, señor. Un notable.

MANSO.—Un aprobado.

LUIS.—Un aprobado.

MANSO.—Y doce suspensos.

LUIS.—Once.

MANSO.—Doce.

LUIS.—Bueno, los que quieras. Ya comprenderás que no llega mi amor propio a negarte un suspenso más o menos. Además, que ya sabes el motivo.

MANSO.—Tu anemia cerebral.

LUIS.—Pero una anemia que me come. Estudio horas y horas y no me queda nada.

MANSO.—Te pasa lo que con el dinero.

LUIS.—Los médicos te aconsejaron que me enviases aquí, al mar, a que me airease, a que me yodase.

MANSO.—Y yo te he enviado a que te yodes, como tú dices, pero no a que me dejes en la ruina, porque hay que ver lo que te estás gastando, y la verdad, yo ya tengo cincuenta años...

LUIS.—Cuarenta y nueve.

MANSO.—¿Cuarenta y nueve? Sí, es verdad. Como tengo la costumbre de vender los toros de cuatro años diciendo que tienen cinco... Bueno, a lo que iba... *(En este momento entra, por la derecha,* LUCÍA, *camarera del Hotel; es joven y guapa. Saca una factura en la mano.)*

LUCÍA.—*(A Luis.)* Dispense el señor; pero acaban de traer un paquete y esta factura.

LUIS.—*(Azorado.)* Ahora no estoy para paquetes.

MANSO.—Ni para facturas.

LUCÍA.—El paquete se ha quedado con él su esposa, y me ha dicho que le dé a usted la factura.

MANSO.—A ver, a ver; deme.

LUIS.—Pero si eso tiene que ser una equivocación, tío.

LUCÍA.—¿Mandan algo más?

MANSO.—No, nada. *(Lucía hace mutis.)*

LUIS.—Ahora que recuerdo, quizá sea de algunas cosillas que me he comprado.

MANSO.—*(Con ironía.)* ¿Para ti?

LUIS.—Sí. sí; para mí.

MANSO.—*(Leyendo.)* Media docena de camisas de seda para dormir.

LUIS.—Para mí: ya lo ves.

MANSO.—*(Leyendo.)* Dos pares de ligas.

LUIS.—Para mí.

MANSO.—Seis sostenes.

LUIS.—Para mí... Digo, para mí que hay una equivocación.

MANSO.—Una equivocación, ¿eh? De modo que tienes una esposa.

LUIS.—*(Vencido.)* Tío... Ya comprenderás que la juventud... Ahora, que tanto como esposa...

MANSO.—Por lo menos, os hacéis pasar por matrimonio.

LUIS.—Nos hacemos pasar por matrimonio mirando tus intereses.

MANSO.—¿Cómo?

LUIS.—De otro modo hubiéramos necesitado dos habitaciones, y...

MANSO.—*(Irónico, abrazándole.)* Cuánto te agradezco el sacrificio; pero como yo he venido a recogerte para que nos marchemos juntos, le cuentas a tu "esposa" lo que te parezca mejor: una desgracia de familia; ella llorará; le dices un chiste de los tuyos; llorará más, y a casa, que si no hay yodo por lo menos hay economía. Conque pide la cuenta y el duelo se despide en el "comptuar".

LUIS.—¿Que abandone a Coralito? La pobre no se va a encontrar...

MANSO.—No se va a encontrar otro tonto como tú; pero allá ella. *(Por la escalera del foro sale* CORALITO, *joven, guapa, con cierto "chic" de mujer mundana. Viste de tarde, elegantemente.)*

CORALITO.—*(Avanzando.)* Oye, Luis, ¿has pagado a...? *(Al ver a Manso.)* ¡Ah! Perdón.

LUIS.—*(Aparte.)* ¡La caraba!

MANSO.—*(Aparte.)* Esta debe ser la de los sostenes.

CORALITO.—Si estaban tratando de algo reservado, me...

MANSO.—No, no; yo soy un buen amigo y consejero de aquí,

de su joven esposo, porque me supongo que esta joven se...

LUIS.—*(Turbado.)* Si... La... misma...

CORALITO.—¿De modo que consejero? Bien lo necesita, porque usted no sabe las tonterías que hace.

LUIS.—¡Cora!

MANSO.—¡Lo que yo me alegro que haya encontrado una esposa tan encantadora y que sepa ordenar su vida!

CORALITO.—Y que usted no sabe qué falta le hacía. Cuando me lo presentaron era un estudiantillo que no conocía de la vida más que las juergas baratas, mujeres de esas de colmados, vino malo... Para él esos grandes cabarets donde la consumición mínima es de diez duros y donde las mujeres son de otra clase: mujeres bien...

LUIS.—*(Aparte.)* Bien.

CORALITO.—Todo eso para él era una leyenda; pero, gracias a mí, ha entrado en la vida moderna: se ha hecho hombre.

MANSO.—Su esposo se puede permitir esos lujos.

CORALITO.—¡Ay! Lo que me alegra oírle. *(A Luis.)* ¿Lo estás oyendo, roñoso? *(A Manso.)* Usted no sabe cada factura que viene los disgustos que me cuesta. ¡Ah! Pero en lo sucesivo no será así. He estado en casa de "Madam" Carmen. Tiene maravillas. He elegido tres sombreros que quitan la cabeza. Un traje de noche que es un sueño...

LUIS.—*(Aparte.)* ¡Es una pesadilla!

CORALITO.—¡Y una capa! Una capa de chinchilla. ¿Las conoce usted?

MANSO.—Conozco las de Béjar.

CORALITO.—Aquí lo terrible es que, después de todo, quien paga no es él.

LUIS.—Cora, haz el favor.

MANSO.—Déjala, hombre, déjala; si tiene razón; si no eres tú el que paga.

CORALITO.—Claro; paga un tío suyo, ganadero, que debe ser de lo más bruto...

LUIS.—Cora...

MANSO.—Déjala, hombre, déjala; si puede que tenga razón.

CORA.—Y es lo que yo le digo: tú deja que tu tío críe los toros.

MANSO.—Y ustedes a comérselos; claro, hombre, claro.

CORALITO.—¿Ves cómo el señor me da la razón? Bueno, con el permiso de usted voy a quitarme este vestido y a ponerme uno de noche.

MANSO.—Póngase lo que quiera. *(Vase Coralito.)* Y ya lo sabes: despídete de ella y aquí te espero.

LUIS.—¿Es irrevocable?

MANSO.—Irrevocable. Para esta mujer no tengo yo toros bastantes; necesita cinco o seis ganaderías.

LUIS.—Bueno; yo ahueco sin que ella lo sepa. *(Hace muti por la derecha.)*

MANSO.—¡Gachó con el farmacéutico, y qué específico se había buscado! *(Por la primera derecha sale* TEÓFILO BRAVO *Es un hombre de unos cuarenta y cinco años; tipo algo ordinario; droguero enriquecido por la venta de un específico de su invencion. Su aspecto es agradable y risueño.)*

BRAVO.—*(Saliendo y declamando.)* Qué bien dijo Lope de Vega:

¡Malditos cuarenta y cinco años,
funesta edad de amargos desengaños!

MANSO.—*(Fijándose en él.)* ¡Qué veo! Si es Teófilo Bravo *(Llegando a él con los brazos abiertos.)* ¡Bravo!

BRAVO.—*(Reconociéndolo y abrazándolo.)* ¡Manso!

MANSO.—¿Qué te trae por Santander?

BRAVO.—Nada; un viaje de recreo.

MANSO.—¿Y cómo no has traído a tu mujer?

BRAVO.—¿No te digo que es un viaje de recreo?

MANSO.—Sí, ya comprendo; has venido a echar una cana al aire.

BRAVO.—He venido... a quedarme sin ninguna. *(Ríe alegremente.)*

MANSO.—Vaya con Teófilo; tanto tiempo sin saber de ti, y eso que no es fácil olvidarte.

BRAVO.—¿Lo dices por los anuncios?

MANSO.—Calla, hombre. Te anuncias más que el abate Hadmon.

BRAVO.—Y qué quieres. La "reclam" es el ochenta por ciento de la venta. Por eso en todos los periódicos, en todas las vallas, en los telones de los teatros, lo primero que surge ante la vista es un cuadrado inmenso que dice: "A los pies de usted específico sin rival para los callos, invención del acreditado droguero Teófilo Bravo. Premio en todas las Exposiciones. Diez años de éxitos consecutivos. Patente número..."

MANSO.—*(Sin dejarle acabar.)* Pero oye, oye... ¿Eso es verdad o un camelo de tantos?...

BRAVO.—¿Camelo? "A los pies de usted" no hay callo, ojo de gallo ni dureza que se le resista. Con decirte que no doy abasto en la fabricación.

MANSO.—¿Ganarás un dineral?

BRAVO.—Un fortunón, querido Manso. Soy, aquí donde me ves, millonario.

MANSO.—Parece increíble.

BRAVO.—Y tan increíble. Una fortuna hecha con los pies. Pero siéntate, hombre. ¿Querrás un cigarro?

MANSO.—Siendo de millonario será bueno. *(Por la derecha entra* LAFUENTE *con una hoja impresa.)*

LAFUENTE.—*(A Bravo.)* ¿El señor tendrá la bondad de llenar la hoja de entrada?

BRAVO.—Con mucho gusto. Y a propósito... *(Sacando la cartera y dándole un billete de cien pesetas.)* Trae dos águilas. *(Lafuente coge el billete y hace mutis.)*

MANSO.—¿De modo que tu mujer?

BRAVO.—Mi mujer está en el castillo que he comprado.

MANSO.—¿Un castillo?

BRAVO.—Sí; pero sin cañones. Te chocará, ¿verdad? Pero qué quieres; a mi mujer se le ha subido a la cabeza el dinero de los callos. Está hecha una nueva rica y no sueña más que con grandezas. Ahora quiere agenciarse un título.

MANSO.—¿Y tú?

BRAVO.—Yo, no. A mí me ha dado por leer, sobre todo los clásicos; los clásicos me entusiasman. Lo que siento es que los años... *(Declamando.)* "Juventud, divino tesoro", que dijo Luis de Tapia. Bueno, voy a llenar la hojita esta. Si vieras lo que me fastidia llenar el boletincito este; porque así todo el mundo se entera..., y figúrate si se presenta una combinación.

MANSO.—Haz lo que yo he hecho muchas veces: pon otro nombre.

BRAVO.—Pero... ¿y si adivinan?

MANSO.—Como no llevas un letrero que diga: Soy Teófilo Bravo, droguero e inventor del específico "A los pies de usted".

BRAVO.—Pues es verdad. ¿Y qué pongo?

MANSO.—Pon el nombre de un capataz que yo tengo: Baldomero Gallo.

BRAVO.—¡Magnífico! *(Escribiendo.)* Baldomero Gallo... Cincuenta años... Soltero... *(Por la derecha sale* LAFUENTE *con una bandeja y en ella dos cigarros puros; en la mano trae el billete que le dió Bravo.)*

LAFUENTE.—Los cigarros.

BRAVO.—*(A Manso.)* Coge uno.

LAFUENTE.—El billete no ha habido posibilidad de cambiarlo porque es falso.

BRAVO.—¿Que es falso? ¡Ah, canalla! ¿Ves? No se puede hacer un favor a nadie. Este billete se lo he cambiado esta mañana aquí, a la entrada del Hotel, a un señor que parecía una persona decente.

MANSO.—Un timo.

BRAVO.—*(Dando unas monedas a Lafuente.)* Tome usted... *(Le recoge el billete y se lo guarda; Lafuente hace mutis.)* ¡Qué canallada!

MANSO.—No te disgustes. Total, que vas a dejar a tu hija cien pesetas menos... Y a propósito de tu hija. ¿Estará hecha una mujer?

BRAVO.—¿Mi Iluminada? Está guapísima. Toca el piano, el arpa y el bandoneón.

MANSO.—Sabrá el francés.

BRAVO.—Ella, no; pero la doncella que tenemos, admirablemente; como que es de no sé qué punto "sur le mer". Manías de mi señora; y no es eso lo peor, sino que anda a la caza de un noble para casarlo con la chica. Lo quiere comprar como un trasto o un felpudo, para que decore el castillo.

MANSO.—Es una locura; te haría polvo la fortuna en dos días. A tu hija lo que le conviene es un chico decente, trabajador... Hombre, se me ocurre una idea: mira, yo tengo un sobrino que estudia para boticario.

BRAVO.—¿Boticario has dicho?

MANSO.—Y que lleva una carrera... ¡Doce sobresalientes!

BRAVO.—Te advierto que yo con un boticario haría locuras.

MANSO.—¿Sí?

BRAVO.—Figúrate, con los muchos inventos que tengo en la cabeza a falta de un boticario que los garantice.

MANSO.—¿Y serían de resultado?

BRAVO.—Para los clientes, no sé; pero para nosotros, enorme.

MANSO.—Pues si te parece bien...

BRAVO.—Ya lo creo. ¿Cuándo me lo presentas?

MANSO.—Pues mira, yo me voy esta misma noche, y dentro de unos días, cuando ya estés en Madrid...

BRAVO.—En el castillo, de aquí voy al castillo. En campos de Toledo; es una joya medieval y medio derruída; no podemos habitarlo más que en verano, porque entra el aire por todas partes.

MANSO.—Será muy sano para los pulmones.

BRAVO.—Sanísimo; allí he cogido yo la bronquitis que tengo.

MANSO.—Bueno. ¿Y de trapicheos sigues como antes?

BRAVO.—Si te he decir verdad, estoy un poco desilusionado; las mujeres fáciles me aburren. Ahora mi sueño es la conquista de una mujer casada. ¡Ah, la fruta del cercado ajeno! *(Declamando.)* ¡Dulce y sabrosa, que dijo Matías López! Por conquistar el amor de una mujer casada era yo capaz de todo. *(Por el foro derecha baja* CORALITO.*)*

CORALITO.—*(A Manso.)* ¿No ha visto usted a mi marido?

BRAVO.—*(Aparte.)* ¡Reparche! ¡Qué señora!

MANSO.—No.

CORALITO.—¡Qué raro! ¿Dónde se habrá metido? *(Se dirige, como buscando, a la izquierda.)*

BRAVO.—Así se muera al que busca.

MANSO.—Ahí tienes, ésa es una casadita.

BRAVO.—Pero va buscando al marido.

MANSO.—Por el marido no te preocupes, porque me lo llevo yo dentro de media hora.

BRAVO.—¿Que te lo llevas?

MANSO.—Sí. Es un conocido mío, muy aficionado a cosas de toros, y me acompaña porque quiere presenciar una tienta. Tardará en volver.

BRAVO.—Y tú crees que...

MANSO.—Con billetes y mano derecha; digo, tú que lees los clásicos lo debes saber: "Con oro nada hay que falle".

BRAVO.—Que dijo Calderón de la Barca.

MANSO.—Ahí vuelve. *(Efectivamente; por la izquierda vuelve a salir* CORALITO.)

BRAVO.—*(Aparte a Manso.)* Oye, preséntame.

MANSO.—*(A Coralito.)* ¿Me permite usted que le presente?

CORALITO.—Con mucho gusto.

MANSO.—Aquí, mi amigo Teo... *(Bravo tose, como indicándole que no diga su nombre.)* Digo, Baldomero Gallo.

BRAVO.—Cuarenta y nueve años, soltero, hijo único...

MANSO.—Y con un puñao de acciones del Banco, de la Azucarera, de la Tabacalera y de la Petrolera...

CORALITO.—¿Ah, sí?

BRAVO.—Sí, señora, sí. Tengo muy buenas acciones. *(Coralito saca la polvera, se acicala, se arregla el pelo.)*

MANSO.—*(Aparte.)* Ahí te dejo. Yo voy a recoger al marido para llevármelo a la tienta.

BRAVO.—Bueno; pero tarda en tentar... Que me dé a mí tiempo de...

MANSO.—Por eso no te preocupes. *(Hace mutis por la derecha. Quedan los dos solos. Hay un momento de pausa. Coralito mira a Bravo y le sonríe con coquetería. Bravo le hace igual, cómicamente.)*

CORALITO.—*(Rompiendo la pausa.)* ¿No se sienta usted?

BRAVO.—Yo, sí. ¿Y usted?

CORALITO.—Yo también. *(Pausa.)* Conque... ¿accio..., digo, soltero?

BRAVO.—Desgraciadamente, sí.

CORALITO.—¿Le gustaría a usted ser casado?

BRAVO.—Si tuviese la suerte de tropezar con una mujer como usted, sí.

CORALITO.—Es usted muy galante.

BRAVO.—Clásico que soy.

CORALITO.—Y de una simpatía y de una franqueza tan abierta...

BRAVO.—Completamente abierta. *(Aparte.)* Yo me voy a co lar. *(Acercando la silla a la de ella.)* ¿Se atrevería usted cenar conmigo?

CORALITO.—*(Coqueteando.)* ¡Por Dios, cenar con usted!

BRAVO.—Lo que usted quiera, lo que usted pida. Desde e dorado faisán al amarillento capón; desde la roja langosta la terrosa trucha.

CORALITO.—Falta un plato.

BRAVO.—¿Cuál?

CORALITO.—Mi marido.

BRAVO.—¡Caray! Ese es un plato fuerte; pero no se preccupe porque su marido se va esta noche de viaje.

CORALITO.—*(Asombrada.)* ¿Que se va? ¿Quién le ha dicho usted eso?

BRAVO.—Mi amigo Argimiro Manso; ése qué me ha presen tado a usted.

CORALITO.—¡Ah! ¿De modo que el que me ha presentado usted es?...

BRAVO.—Manso, el ganadero; se le nota el pelo de la dehesa ¿verdad?

CORALITO.—¿Y él se va también?

BRAVO.—¡Claro! Como que ha venido a llevárselo expresa mente.

CORALITO.—*(Aparte, furiosa.)* Ahora veo claro; es el tío y se ha estado burlando de mí el muy... ganadero.

BRAVO.—¿Por lo visto no es usted feliz en su matrimonio?

CORALITO.—¿Pero quién puede ser feliz con un chisgarabís?... Si me está bien empleado... Si yo no he debido darle mi cariño a un pollo de la edad fruta...

BRAVO.—Tiene usted razón; somos mejores los de la edad reumática.

CORALITO.—Por supuesto, que esta charranada me la paga. Vaya si me la paga, y antes de que se vaya. *(Por la derecha sale* LUCÍA *con una factura en la mano.)*

LUCÍA.—Señora...

CORALITO.—¿Qué hay?

LUCÍA.—Un dependiente que trae esta factura de "Madam" Carmen.

CORALITO.—A ver, deme. *(Coge la factura, la lee y le dice a Bravo.)* Si yo le diese una prueba de confianza, ¿se ofendería?

BRAVO.—*(Muy digno.)* Señora, ¿por quién me toma usted?

CORALITO.—*(Dándosela.)* Pague usted esta factura.

BRAVO.—*(Cogiéndola y aparte.)* Me toma por su marido.

CORALITO.—El se va por no pagarla.

BRAVO.—*(Leyendo.)* Dos mil pesetas.

CORALITO.—¡Miserias de la vida!

BRAVO.—Gachó con las miserias. *(Sacando dos billetes y dándoselos a Lucía.)* Toma, hija. *(Aparte.)* Y si traen otra factura di que la señora ha salido.

LUCÍA.—Está bien. *(Hace mutis.)*

CORALITO.—Acaba usted de sufrir una prueba decisiva; usted es capaz de hacer feliz a una mujer; acepto la cena.

BRAVO.—*(Entusiasmado.)* ¿Faisán o capón?

CORALITO.—Lo que sea. ¡Ah! Pero quiero cenar ahí en la terraza, frente al mar.

BRAVO.—Como si quiere usted que traigan el mar aquí.

CORALITO.—*(Haciendo mutis.)* Es usted grande.

BRAVO.—Un piso más que la Telefónica. *(Entusiasmado le dice al público.)* ¡Por fin! ¡El sueño de mi vida! ¡Una mujer casada! Y decente, porque se ve que es decente. Voy a encargar la cena y a mandar comprar unas flores. ¡Qué noche me espera! *(Declamando.)* ¡Noche, poesía, locuras de amante!..., que dijo Antonio Casero! *(Hace mutis por la derecha. Por la derecha también, tropezando con él, llega Luis con el guardapolvo al brazo y una maleta en la mano.)*

LUIS.—¿No está mi tío? Yo me voy sin despedirme de ella. No me atrevo, la verdad... Si yo hubiese acabado la carrera no tendría ahora que aguantar la tiranía de mi tío. ¡Ah! Pero el día que la acabe, la busco otra vez; vaya si la busco. Y estoy seguro que la encuentro, que la encuentro hecha momia, porque al paso que llevo... *(Por la izquierda sale Coralito.)*

CORALITO.—¡Hombre, gracias a Dios!

LUIS.—¡Ella!

CORALITO.—*(Por la maleta y el guardapolvo.)* Qué, ¿nos vamos a mudar de hotel?

LUIS.—*(Aparte.)* No hay más remedio. *(A ella.)* Mira, Cora, he recibido un telegrama de mi tío.

CORALITO.—De tu tío el ganadero, ¿verdad?

LUIS.—Sí, está en las últimas.

CORALITO.—¿Se muere?

LUIS.—En las últimas operaciones del año, y me necesita para que le haga los balances. Como él es un poco cerrao para las cuentas...

CORALITO.—¿Y por qué no se los haces aquí?

LUIS.—¡Aquí!

CORALITO.—Mira, Luis, no te esfuerces, que la mentira no

te va. Para saber mentir hay que practicarlo mucho, como yo.

LUIS.—¿Qué dices?

CORALITO.—Que tu tío está aquí; que era el consejero que me presentaste, y que ha venido por ti, y que te vas con él, y eso es todo. Pero no te apures, que si tú me dejas, otro me recogerá.

LUIS.—No, eso sí que no.

CORALITO.—Qué, ¿quieres que te guarde fidelidad y que me echen del hotel por no pagarlo?

LUIS.—Pero si sabes que yo te quiero, que por ti he saqueado a mi tío, que no he tenido inconveniente en pasar por tu marido.

CORALITO.—Eres idiota. Entre gente bien, qué más da. Precisamente el interés que puedo tener para los hombres es ser de otro. Y de esto *(Con intención y zalamería.)*, de esto sí que podíamos sacar partido si tú no fueras tan español.

LUIS.—No te comprendo.

CORALITO.—Ni falta que hace. Con que te limitaras a representar tu papel, bastaba.

LUIS.—¿Qué papel?

CORALITO.—El de hombre civilizado. Un francés sabría darse cuenta en seguida; pero, en fin, anda con Dios.

LUIS.—No, eso no. Eso de que me vas a sustituir...

CORALITO.—*(Con mimo.)* Celosillo... Si yo te quiero también. Pero la vida tiene sus exigencias, y como tu eres incapaz del más pequeño sacrificio por mí...

LUIS.—De todos. Ahora, que eso de hacerme el francés...

CORALITO.—Pero si no es nada grave, tontín. Ven, ven y te lo explicaré. Y si es verdad que me quieres... *(Se lo lleva zalameramente por la primera izquierda. Por la segunda derecha sale el* GERENTE *del hotel, seguido de dos Camareros, que sacan una mesita con mantel puesto, servicio de platos, entremés, etcétera.)*

GERENTE.—*(A los camareros.)* Colóquenla ahí, que domine el mar. Ajajá, muy bien; ya pueden retirarse. *(Los camareros se retiran, y al mismo tiempo aparece* MÁRMOL *por la primera derecha.)*

MÁRMOL.—¿Me llamaba usted?

GERENTE.—Sí, amigo Mármol, escúcheme: Un señor, por cierto bastante rico, va a cenar ahí *(Indicándole el sitio donde se ha colocado la mesa.)* con una señora que, según me ha dicho, es algo romántica, y desea que durante la cena cante usted algunos de sus tangos... ¡Caprichos de millonario!

MÁRMOL.—Pero... ¿cantar mientras comen? Lo elegante es que el sexteto toque algo; pero cantar...

GERENTE.—Y qué le vamos a hacer; lo quiere, lo paga... Hágalo usted por mí. Yo también le complazco en todo lo que puedo. Ese señor de edad que me recomendó usted ya lo he colocado.

MÁRMOL.—*(Con alegría.)* ¡Ah! ¿Sí?

GERENTE.—*(Yendo al arco de la izquierda y encendiendo la luz.)* No podrá usted quejarse de que he tardado.

MÁRMOL.—Bueno, ¿y qué le parece a usted que les cante?

GERENTE.—Lo que a usted le parezca mejor.

MÁRMOL.—Como es tan vasto mi repertorio de tangos... Puedo cantarles el "Todo a media luz" o "A la luz de un candil", que viene a ser igual, o "Esta noche me emborracho yo".

GERENTE.—Ese quizá sea más a propósito.

MÁRMOL.—Por tratarse de usted, les voy a cantar uno nuevo, creación mía: se titula "La Pavita".

GERENTE.—¿Es bonito?

MÁRMOL.—¡De una ternura y de un sentimiento...! Siempre que lo canto se desmaya alguna señora.

GERENTE.—Usted canta lo que quiera... *(Medio mutis.)* Ah, y esté usted seguro que habrá una buena propina. *(Hace mutis por la segunda derecha.)*

MÁRMOL.—*(Con pena.)* ¡Propinas a mí! Yo, que debía darlas, tengo que pasar por el bochorno de tomarlas... A lo mejor se descuelga con una miseria, como el gallego de anteayer, que me tuvo toda la tarde cantándole y me dió dos pesetas... para que las cambiara y le devolviera una. *(Por la derecha sale el* CONDE. *Anda lento y erguido; trae puesto un delantal blanco y una servilleta colgada al brazo; saca además un cubo con una botella de champagne. Al verle.)* ¡Tío! ¿Pero cómo llevas eso?

CONDE.—Con mucha gracia, ya lo ves.

MÁRMOL.—¿Pero ese delantal?

CONDE.—A ti te lo debo. El animal del Gerente me ha protegido, encargándome que sirva una cena íntima aquí. Me ha dicho que ya puedo agradecérselo, porque habrá una buena propina.

MÁRMOL.—¡Qué contrastes tiene la vida! Tú vas a servirla y yo a cantar "La Pavita".

CONDE.—Y yo también.

MÁRMOL.—¿Tú?

CONDE.—Yo voy a cantar la gallina... Porque ya comprenderás que esto no es para mí. ¡Yo sirviendo mayonesa!

MÁRMOL.—¿Y qué? Todos los que han hecho fortuna han empezado por oficios modestos. Ojea la Historia: el rey del acero empezó barriendo la oficina; el rey de los ferrocarriles empezó de guardagujas, y el rey del tocino...

CONDE.—Empezó de cerdo. Pero como yo no aspiro a ningún reinado, esta misma noche presento mi dimisión. *(Yendo a la mesa y colocando el cubo.)* Además, que lo voy a hacer muy mal.

MÁRMOL.—Está visto, que no sabes hacerte cargo de las cosas.

CONDE.—El que no se le hace eres tú, porque si hubieses aceptado la proposición de la Baronesa...

MÁRMOL.—Basta, no insistamos; voy por el maestro. Y no lo olvides: para mí, el árbol ante todo. *(Hace mutis por la derecha.)*

CONDE.—Este idiota es la fiesta del árbol. *(Por la primera izquierda sale* CORALITO *con un elegantísimo traje de noche.)*

CORALITO.—*(Saliendo.)* ¡Por fin lo he podido convencer! Ya está afrancesado...

CONDE.—*(Al ver a Coralito.)* ¡Mi madre, la Coralito! *(Se recoge el delantal, ocultándolo en la cintura, y se mete la servilleta en el bolsillo a modo de pañuelo.)*

CORALITO.—*(Al verlo.)* ¡Chiquillo! ¿Pero cómo estás aquí?

CONDE.—Pues de cama... de camastrón.

CORALITO.—Como siempre. Alguna aventurilla, ¿verdad? ¡Canallita! ¿Con quién te estás gastando ahora el dinero? Dímelo. ¿Es conocida? ¿Artista tal vez?

CONDE.—Es una del circo.

CORALITO.—¿Ecuyère?

CONDE.—Alambrista. Para mí. hoy por hoy, no hay más que eso: alambre y nada más que alambre.

CORALITO.—Pues yo... ¡Si supieras las cosas que me ocurren!

CONDE.—¡Pues si supieras las cosas que me ocurren a mí!

CORALITO.—Oye, no me guardarás rencor por el esquinazo que te di en Bayona.

CONDE.—Era para haberte dado un capón; pero, en fin...

CORALITO.—En pago, mañana cenaré contigo, ¿sabes?

CONDE.—¿Sigues con el apetito de siempre?

CORALITO.—Cada vez más.

CONDE.—Pues carga en la comida de mediodía.

CORALITO.—Esta noche no puedo, porque ceno aquí con un señor muy rico.

CONDE.—*(Alarmado.)* ¿Aquí?

CORALITO.—Sí, mira; ya está puesta la mesa.

CONDE.—¡Refaisán! ¿Pero eres tú...?

CORALITO.—Sí. ¿Qué te asombra?

CONDE.—La del asombro vas a ser tú.

CORALITO.—Habla claro, ¡por Dios!

CONDE.—Mira, Cora, voy a confesarte algo doloroso: estoy arruinado.

CORALITO.—¡Arruinado! Por mi causa, ¿verdad?

CONDE.—Por tu causa.

CORALITO.—*(Respirando.)* ¡Ay, menos mal! Porque si hubie-e sido por otra mujer me molestaría muchísimo.

CONDE.—Sólo te pido que no reveles a nadie quién soy, por-ue mi actual empleo...

CORALITO.—¿Tu empleo?

CONDE.—Sí. El Gerente del hotel, que es un antiguo amigo ío, me ha rogado que le eche una mano.

CORALITO.—¡Ah, pues descuida, Pocholito mío, que por mí adie sabrá nada! ¿Para qué estoy yo más que para servirte?

CONDE.—El que está para servirte soy yo.

CORALITO.—¡Ah! Ahí me parece que llega el pagano.

CONDE.—Pues voy a prepararme para el debut. Adiós, Co-alito.

CORALITO.—*(Tirándole un beso.)* Adiós, Pocholín. *(Apenas a hecho mutis por la derecha el Conde, sale por la misma* BRAVO *con un magnífico ramo de flores.)*

BRAVO.—¿La he hecho esperar mucho? Perdón, pero he que ido ofrendarle con este modestísimo ramo. *(Dándoselo.)*

CORALITO.—Es precioso.

BRAVO.—Crisantemos del Japón, lotos de Egipto y margari-as de Borgoña. Los claveles y las rosas me parecían vulgares.

CORALITO.—Es usted un poeta.

BRAVO.—Soy clásico.

CORALITO.—Pues si le parece bien... *(Indicando la mesa.)*

BRAVO.—No faltaba más. "La que manda es usted y el es-lavo soy yo", que dijo Beethoven. *(Llegan hasta la mesa y se ientan.)*

CORALITO.—*(Sentándose.)* ¡Ajajá!

BRAVO.—¿Tiene usted predilección por algún vino? Oporto, Madera, Rhin.

CORALITO.—Usted, ¿cuál prefiere?

BRAVO.—Yo, el Madera. Ahora que en estos hoteles no se ebe auténtico.

CORALITO.—¡Ah!... ¿No?

BRAVO.—Es un engaño; pide uno Madera, y le meten la iruta.

CORALITO.—Pues bebamos champán.

BRAVO.—Es lo mejor. He mandado que nos sirvan ostras, orque ahora están muy caras. Las traen de un banco.

CORALITO.—¡Ah!

BRAVO.—De un banco que creo que hay en Terranova. Aquí legan. *(En efecto, por la primera derecha sale el* CONDE *con una gran bandeja con ostras ya abiertas y pedazos de limón.)*

CONDE.—*(Al público.)* Puede que sea una ilusión mía, pero me parece que las ostras me han conocido y se están riendo de mí.

CORALITO.—*(Al verle, riendo.)* ¡Pocholo!

BRAVO.—¡Pocholo!... ¿Quiere usted Pocholo? *(Al Conde, que se ha acercado.)* Que traigan dos de Pocholo...

CONDE.—*(Al verle.)* ¡Atiza! ¡El del billete!

BRAVO.—*(Fijándose también en él.)* ¡Recontra! Este camarero es el del billete. *(Larga pausa en que se observan detenidamente.)*

CORALITO.—¿Qué le pasa?

BRAVO.—No, nada. Que me estaba fijando aquí en el camarero este...

CORALITO.—Es muy bueno.

BRAVO.—*(Aparte.)* El será bueno; pero el billete que me largó...

CONDE.—*(Que ha dejado la bandeja sobre la mesa.)* Los señores avisarán cuándo les sirvo el consomé.

CORALITO.—¿Ve usted qué servicial y qué amable? De todos los camareros de aquí es el más distinguido.

CONDE.—*(Aparte.)* Esta Coralito me está tomando el frac.

CORALITO.—¿Quiere usted darme una prueba de confianza?

BRAVO.—Una y cien.

CORALITO.—Pues dele una buena propina. El pobre está muy necesitado.

BRAVO.—¿Usted lo quiere? Sea. *(Saca la cartera y de ella un billete.)* Ahí van cien pesetas.

CORALITO.—¡Cómo me gustan los hombres espléndidos. *(Al Conde.)* Retírese, y ya le avisaremos.

CONDE.—*(Viniendo al centro de la escena.)* ¡El primer dinero que gano en mi vida! ¡Es para exponerlo en una vitrina! *(Se pone el monóculo y mira el billete.)*

BRAVO.—*(Desde su sitio.)* Sí, sí, es el mismo.

CONDE.—*(Echándole una mirada de odio a Bravo.)* ¡Qué canalla! ¿Pues no me ha dado el billete falso? *(Hace mutis por la derecha. Apenas lo ha hecho, y por la derecha también, sale* MÁRMOL, *seguido del maestro pianista. Mármol hace una reverencia a Coralito y a Bravo.)*

CORALITO.—¡Mármol!... Muy bien. ¿Vamos a tener tangos?

BRAVO.—Se lo he suplicado yo al gerente.

CORALITO.—¡Cuánto me agrada!

MARMOL.—Cuando ustedes quieran, empiezo.

BRAVO.—Un momento. Antes permítame usted que dé un viva a la esposa en libertad, y un minuto de silencio para

el esposo desconocido. *(Una pequeña pausa.)* Ya puede usted empezar.

(Coralito y Bravo figuran que comen las ostras. El maestro se sienta al piano y Mármol canta.)

MÁRMOL. Oiga, mozo, máteme,
que la china que yo quiero
se me ha muerto, y yo me muero,
me muero tomando café.
Oiga, mozo, de una vez
péguеme una puñalada
que me deje rebanada
lo que la gente llama nuez.
Murió la pobre, y su agonía
fué terrible, feroz,
pues la pasó por el abdomen
un tranvía veloz.
Y hoy voy yo de luto
por aquel tío bruto.
Al cementerio la llevaron
en un auto Chenar.
Cuarenta pesos me cobraron,
que ya es mucho cobrar.
Y la enterraron
sin oír mis quejas.
Te vas y me dejas.
Bueno, pues adiós.
Y en la Castellana
la dejó extraplana.
Y la enterraron sin oír mis quejas.
Te vas y me dejas.
Bueno, pues adiós.

(Durante el tango, Bravo se apretará el vientre, como si el canto le produjese dolores, y aun le arrojará algún objeto que otro a Mármol. Al acabar éste de cantar, Coralito y Bravo estarán muy tristes con la letra del tango.)

BRAVO.—Oiga, rubito, no cante usted más, porque me están llorando las ostras en el estómago.

MÁRMOL.—¿Quiere el señor que le cante "La pebeta moribunda", o "El gaucho asesinado"?

BRAVO.—Eso cántalo ahí al lado.

MÁRMOL.—¿En el salón de espera?

BRAVO.—En la funeraria.

MÁRMOL.—Está bien. *(Haciendo mutis seguido del maestro.)* ¡Estos juerguistas no tienen idea del sentimiento!

CORALITO.—¿No te ha gustado?

BRAVO.—¡Qué me ha de gustar! Para un duelo está bien; pero para una cena...

(Por la primera izquierda aparece LUIS. *Trae en la mano infinidad de facturas.)*

LUIS.—*(Entrando y fingiéndose sorprendido.)* ¡Ah!

CORALITO.—*(Levantándose.)* ¡Oh!

BRAVO.—*(Igual.)* ¡Eh!

LUIS.—¡Tú!

CORALITO.—¡Tú!

BRAVO.—*(A Luis.)* Tú... ¿qué quieres?

CORALITO.—¡Mi marido!

LUIS.—¡Mi esposa!

BRAVO.—¡Mi madre!

CORALITO.—*(Fingiendo.)* Por Dios, Luis, que yo te explicaré...

LUIS.—No tienes que explicarme nada. ¡Sonó la hora de mi venganza!

BRAVO.—*(Aparte.)* No, si después del tango ese no podía sonar otra cosa.

CORALITO.—Oyeme, Luis; yo te lo suplico...

BRAVO.—Le advierto a usted que esto no es más que una ligera atención.

CORALITO.—Ya lo oyes: esto es una galantería.

LUIS.—Esto es una guarrada, y yo las guarradas... *(Ademán de sacar un arma.)*

CORALITO.—Luis, no te pierdas.

BRAVO.—No se pierda usted, Luis.

LUIS.—*(Conteniéndose.)* Tiene usted razón. No merece una mujer como ésa que pudra mi juventud en una cárcel. Entre nosotros todo ha concluído. ¡Adiós para siempre!... ¡Ah!... Pero antes, ¡toma, toma, toma! *(La va dando facturas, que caen al suelo.)*

CORALITO.—¿Te vas sin pagarme esas facturas?

LUIS.—¡Que las pague el que cena contigo!

BRAVO.—*(Aparte.)* ¡Caray!... ¡Pues hay unas cuantas!

LUIS.—Tu traición no merece más que el desprecio. ¡Adiós!

CORALITO.—*(Tratando de sujetarle.)* No, Luis; óyeme, espera... *(Finge luchar con él.)*

LUIS.—*(Arrojándola de un fuerte empujón en brazos de Bravo.)* ¡Quita!

CORALITO.—*(Cayendo en los brazos de Bravo.)* ¡Ah!

LUIS.—*(Al público, haciendo mutis por la derecha.)* Me parece que he hecho bien el papel.

BRAVO.—*(Llamándole.)* ¡Oiga!... ¡Caballero!... Se va. Se va

y me deja la señora sin sentido, las facturas sin pagar... *(Mirándola a ella.)* ¡Y qué casada más mona!... ¡Bravo, ya has conseguido tu sueño! ¡Se va y te la deja privada, para que tú no te prives de nada!... *(Por la primera derecha salen* MÁRMOL *y el* CONDE, *este último con una fuente y en ella una gran sopera.)* ¡Oiga, no me cante ahora!

MÁRMOL.—*(Al ver a Coralito en brazos de Bravo.)* ¡Oh, qué vergüenza!

CONDE.—¡Aquí sobra la sopera!

LAFUENTE.—*(Apareciendo por la segunda derecha.)* Pero ¿qué pasa?

BRAVO.—Nada. Un ligero mareo..., un pequeño desvanecimiento... Acérqueme aquel sillón y tráigame un frasco de sales.

LAFUENTE.—*(Acercando la butaca al centro de la escena y gritando al Conde.)* Tú, sales.

CONDE.—*(Digno, a Mármol.)* Tú, sales.

BRAVO.—*(Dejándola a ella en la butaca.)* Sí, salir todos. Y cuando ella vuelva en sí, ya avisaré. *(Al Conde.)* ¿De qué es el consomé?

CONDE.—*(Al mutis.)* De ida y vuelta.

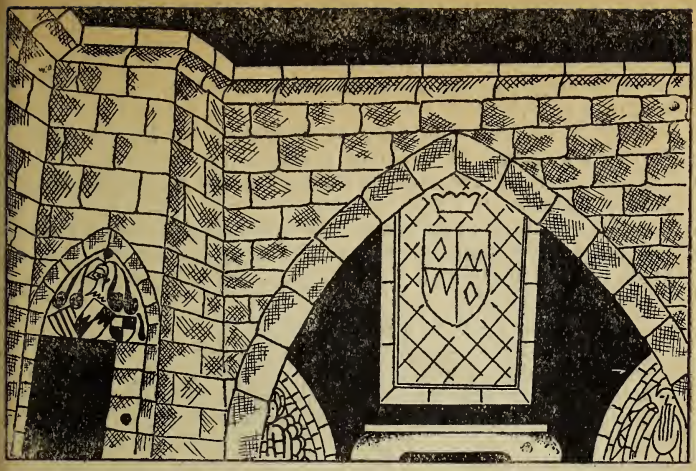
(Hacen mutis todos, y al quedar solo Bravo, extiende las flores a los pies de Cora y se arrodilla.)

BRAVO.—Y ahora, Teófilo, colócate así, para que cuando abra los ojos te encuentre a sus pies ofrendándole de nuevo estas flores tan raras. *(Adopta una cómica actitud.)*

CORALITO.—*(Volviendo en sí.)* ¿Dónde estoy?

BRAVO.—En el Botánico.

TELON RAPIDO



ACTO SEGUNDO

Un castillo antiquísimo en la Mancha toledana. La disposición de la escena debe ser la siguiente: Todo el foro un grueso muro de piedra berroqueña, con dos ventanas a los lados de forma ojival. Lateral derecha del actor, en el término que se une al foro, bastidor figurando que da paso a una galería que conduce a las afueras del castillo. En segundo término, una puerta. En primer término, pared, y sobre ella, una gran panoplia antigua con pistolas, alfanjes, puñales y un gran espadón de esos que se ponen en las armaduras. Lateral izquierda, en último término, el bastidor de que se ha hablado, y que en este lado figura que da paso al parque del castillo. Segundo término, puerta de entrada a una de las habitaciones. Primer término, otra puerta igual. Contrasta con la vejez del edificio los muebles, que han ser del día. Dos grandes butacones, algunas sillas, una mesita, una columna con una escultura de mármol o escayola. La acción de todo el acto es de día, por la tarde.

(Al levantarse el telón, DOÑA BELÉN, *señora de unos cincuenta años, excesivamente gruesa, está haciendo gimnasia sueca, con el trabajo que ya se puede suponer. Estira las manos y las baja para tocarse los pies, sin poderlo conseguir, como es lógico.)*

BELÉN.—*(Contando las flexiones.)* Tres..., cuatro..., cinco... *(Se para fatigadísima y figura que se estira la faja de goma.)* Bueno, con esta moda de las fajas de goma, que en vez de

llevarse un corsé lo que lleva una es un neumático, no llego a la cuarenta flexión. A la quince, se me pincha... Pues anda, que eso de llegarse con las manos a los pies... Yo no me cojo los pies como no me los amputen y me los den... En fin, vamos a seguir... Seis..., siete...

(Por la derecha sale SUZANE, *doncellita joven y guapa; es francesa y chapurrea algo el español.)*

SUZANE.—¡Oh! Tre bien, tre bien. La señoga, dentro de poco tendrá línea...

BELÉN.—¡Lo que voy a tener va a ser un dolor de riñones...!

SUZANE.—No impogta. Hay que sufrig per la figur. La señoga tiene demasiada... *(Titubeando.)* ¿Coman se dise?

BELÉN.—Grasa.

SUZANE.—¡Oh, no, no! Grasa, no... Gordura.

BELÉN.—Llámalo como quieras. Es grasa.

SUZANE.—Pogeso, además de la gimnasia, no debe salir la señoga de su régimen. Su taza de té, su plato de verdugas...

BELÉN.—No me hables de régimen, que cuando veo a la cocinera comerse esos bistés con patatas, me da una envidia, que la asesinaría.

SUZANE.—La cocinega es una muga, como se dice pog aquí.

BELÉN.—Pero una mula de encuarte. Es "iracunda" de Galicia y "cónyuja" de un marinerote...

SUZANE.—Come como una deshilvanada.

BELÉN.—Descosida querrás decir.

SUZANE.—Eso, sí, descosida.

BELÉN.—Así está ella, que anda y se tambalea el piso; el otro día fué al garaje, estornudó, y puso el coche en marcha.

SUZANE.—¡Oh, la, la!

BELÉN.—Bueno, y tú, ¿qué querías?

SUZANE.—Indicarle que está ahí la señoga bagonesa del Campanario.

BELÉN.—*(Muy alegre.)* ¿La Baronesa aquí?... ¡Que pase, que pase!

SUZANE.—Con su permiso... *(Hace mutis por la derecha.)*

BELÉN.—*(Arreglándose la falda y dándose restregones como si tratase de colocarse la faja de goma bien.)* ¡La Baronesa! Y me coge de cualquier manera. Y es que con este ejercicio me desencuaderno toda... ¿Pues y poner las manos en el suelo y los pies en la pared?... Eso, como no me hipnoticen...

(Por la derecha entra la Baronesa.)

BARONESA.—¡Mi querida doña Belén!

BELÉN.—*(Queriendo aparentar unos modales distinguidos.)* ¡Encantadora Baronesa!... Usted perdone que la haiga hecho aguardar, pero estaba aquí haciendo unas planchas.

BARONESA.—Sí, ya me indicó la "nourse" que estaba usted en su gimnasia.

BELÉN.—Todo por la línea... y por mi hija. Comprendo que para casar a Iluminada con un hombre que dé lustre a nuestra fortuna, hay que presentarse con el barniz de la moda.

BARONESA.—Precisamente de eso venía a hablarle.

BELÉN.—¡Ah! ¿Sí?... Pues siéntese, siéntese.

BARONESA.—*(Sentándose.)* Tengo un conde para su hija.

BELÉN.—*(Rebosando satisfacción.)* ¡Un conde para mi hija!

BARONESA.—Un conde.

BELÉN.—¿Le conozco yo?

BARONESA.—Acaso...

BELÉN.—¿Ha sido ministro?

BARONESA.—No creo; es muy joven y muy interesante...

BELÉN.—¿Moreno?

BARONESA.—Rubio.

BELÉN.—Me alegro. A los condes les va mejor el rubio.

BARONESA.—Se llama Felipe Mármol y es conde de Albarino.

BELÉN.—¿Pero auténtico?

BARONESA.—Garantizado.

BELÉN.—¿No será un título pontificio?

BARONESA.—*(Con dignidad.)* ¿Por quién me toma usted, doña Belén?

BELÉN.—Y él, ¿está conforme?

BARONESA.—Al principio, no. Lo había solicitado un anticuario, para llevárselo al Extranjero.

BELÉN.—¡Qué asco! Estos anticuarios no respetan nada.

BARONESA.—No era para ponerlo a la venta. Lo quería para una hija suya; pero a ella no le gustó, y...

BELÉN.—Y dígame, dígame. ¿Como ha sido convencerle?

BARONESA.—Una casualidad. ¿Usted recuerda el retrato que me dió de su hija?

BELÉN.—¡Ya lo creo! Un promenade al bromuro potásico, magnífico.

BARONESA.—Pues verlo y quedarse asombrado, todo fué uno. Yo, al ver el efecto que le había causado, insistí... hasta que aceptó.

BELÉN.—¿Y sabe que mi marido es droguero?

BARONESA.—Lo sabe y no le importa.

BELÉN.—¿Y cuándo, cuándo tendremos el gusto de verle?

BARONESA.—Muy pronto; quizá dentro de algunos minutos.

BELÉN.—*(Levantándose azorada.)* ¿Eh?

BARONESA.—Me he permitido invitarle, creyendo que no tendría usted inconveniente.

BELÉN.—¡Quite, por Dios!... Lo que le estoy es agradecidí-

sima... Pero mi hija, que no sabe nada... *(Yendo hacia el timbre.)* ¿Usted no se molestará porque no le haga caso?

BARONESA.—Nada de eso.

BELÉN.—*(Tocando el timbre.)* ¡Condesa de Albarino! Cuando mi marido regrese de Santander y lo sepa...

SUZANE.—*(Saliendo.)* Señoga.

BELÉN.—Ve a las habitacioens de la Condesa..., digo, de mi hija, y que venga en seguida. *(Suzane saluda y hace mutis.)* Será un viejo conocimiento de usted.

BARONESA.—Yo no tengo viejos conocimientos; éste es reciente. Me lo ha presentado en un hotel de Santander un tío suyo, también conde. ¡El conde de Leganés!

BELÉN.—¿De Leganés? ¡Oh, qué locura! ¿Y por qué no le ha traído usted también?

BARONESA.—Si le parece, puedo telefonearle.

BELÉN.—Sí, sí, que venga.

BARONESA.—Es un aristócrata nada orgulloso, a pesar de sus gloriosos timbres.

SUZANE.—*(Volviendo a salir.)* La señoguita viene al momento.

BELÉN.—Oye, Suzane, aquí la señora va a dar un telefonazo a uno; no la dejes sola.

SUZANE.—Ui, ui. S'ilvu ple, madam. *(Invitando a salir a la Baronesa. Esta hace mutis detrás de Suzane, por la izquierda.)*

BELÉN.—¡Un conde! Ya no será mi Iluminada la hija de un cura callos, sino toda una condesa.

(Por la izquierda sale ILUMINADA, *joven que viste un poco cursi.)*

ILUMINADA.—¿Qué me querías, mamá?

BELÉN.—A ver, déjame que te mire... Sí... Comprendo que se haya adormilado con el bromuro. No es porque seas hija mía, pero estás para morderte.

ILUMINADA.—Bueno, ¿pero me has llamado para esto?

BELÉN.—Te he llamado para... ¿Sabes quién ha venido?

ILUMINADA.—Como no me lo digas...

BELÉN.—La baronesa del Campanario.

ILUMINADA.—¿Y quién es esa señora?

BELÉN.—Pues una cosa así como el Almanaque de la "Gota".

ILUMINADA.—¿Y me vas a hacer que la salude?

BELÉN.—Que la saludes y que la abraces, porque te ha traído un conde.

ILUMINADA.—¡Mamá, por Dios!

BELÉN.—Un conde que está chifladito por ti.

ILUMINADA.—¿Pero cuándo? ¿Dónde?... ¿Acaso me ha visto?

BELÉN.—Te ha visto en la promenade que yo le di a la Baronesa, y quiere casarse contigo.

ILUMINADA.—¿Pero cómo sigues con tu manía de...? ¿Cómo me voy a casar yo con un aristocrata?

BELÉN.—¿Y qué? ¿No se casan otras, con menos educación y menos dinero que tú? Sí, hija mía, sí; serás condesa y muy condesa. ¡Entrarás en la aristocracia!... ¡Entrarás en Palacio!... ¡Tomarás la almohada!... ¡Oh, qué sueño!

ILUMINADA.—Mamá, ¿no desvarías? ¿No comprendes que se reirán de mí?

BELÉN.—Mira, niña, la primera vez que yo cené en el "Richi", me bebí la vinagreta en la salsera. Yo noté que la gente se reía; pero si en vez de ser yo es la condesa de Albarino la que se la bebe, desde el día siguiente tienen que servirla en porrón. Tú no sabes lo que puede un título.

ILUMINADA.—Pero si es que...

BELÉN.—Calla, que llega la Baronesa.

BARONESA.—*(Saliendo.)* Ya he avisado al Conde. Encantado, y agradecido por la invitación.

BELÉN.—*(Presentándolas.)* Mi hija Iluminada... La baronesa del Campanario...

BARONESA.—Monísima.

ILUMINADA.—Favor que usted me hace... ¿De modo que ese conde que ha avisado usted...?

BARONESA.—No, ese conde no es el del trato. Es otro conde más viejo. Yo no traigo nunca cosas de segunda mano. Soy mujer que procura conservar sus amistades. Presento el artículo. ¿Conviene? Encantada... ¿No? A otra cosa.

BELÉN.—Esa misma es la costumbre de mi marido.

(Por el foro sale SUZANE *y anuncia.)*

SUZANE.—El señor conde de Albaguino.

BELÉN.—¡El! Que pase, que pase en seguida. *(Suzane hace mutis.)* Niña, no te digo nada... Y usted, Baronesa, no me deje sola, por Dios, que entre la emoción y el caucho *(Por la faja)*, me va a dar algo.

(Por el foro aparece MÁRMOL, *sin sombrero y el pelo un poco en desorden.)*

MÁRMOL.—¿Cuento con su aquiescencia?

BARONESA.—Adelante, Conde, adelante.

(Mármol avanza y hace una inclinación de cabeza.)

BARONESA.—*(Haciendo la presentación.)* Doña Belén Portal.

MÁRMOL.—Señora... *(La besa la mano.)*

BELÉN.—*(Entusiasmada.)* ¡Oh, señor Conde!

BARONESA.—Su hija, Iluminada.

MÁRMOL.—*(Besándola la mano también.)* Señorita... Encantado de conocerlas. *(Saca el peine.)* Ustedes me perdonarán, pero al quitarme el sombrero... Un ligero peinado.

BELÉN.—¡No faltaba más! Como si quiere usted ondulárselo.

BARONESA.—¿Por qué no nos sentamos?

BELÉN.—Desde luego. Siéntese, siéntese, Conde.

MÁRMOL.—No, no; ustedes primero.

BELÉN.—De ninguna manera.

MÁRMOL.—Permítanme, pero...

BELÉN.—Bueno, todos a un tiempo.

MÁRMOL.—Sea. *(Se sientan.)*

BELÉN.—Si no está usted ahí cómodo, le traen otra butaca.

MÁRMOL.—¡Pero si ésta es un "slipin"!

BELÉN.—Es que como nosotros, sin que esto sea presumir, estamos acostumbrados a lo grande, y como, gracias a Dios, no hemos escaseado nada en el tapizado, ni en el alfombrado, ni en el emparedado...

MÁRMOL.—Hacen ustedes bien; el confort es la mitad de la vida, y este castillo es soberbio.

BELÉN.—No vale la pena... Treinta y seis habitaciones, sin contar las almenas, que es donde se tiende la ropa. No lo hemos encontrado más grande. Mi esposo se empeñó que estuviese cerca de Madrid. Y aunque hoy día no hay distancias con los automóviles... Nosotros tenemos cuatro: un "Rol-Role", un "avión vecino", un "Renol" grande y otro más chico; dos renoles. El chico no se utiliza más que para los recados.

MÁRMOL.—Claro; como esto está algo distante de la capital..

BELÉN.—¿Le gustan a usted los castillos?

MÁRMOL.—Mucho. Parece que reviven en mí el pasado. Yo conozco la historia de casi todos. Si no estoy equivocado, en este castillo me parece que se han visto Antonio Pérez y la de Eboli.

BELÉN.—Yo, en el tiempo que llevo aquí, no he visto nada.

ILUMINADA.—Habla del pasado, mamá...

BELÉN.—¡Ah, sí, se refiere al pasado!... Lo que haya pasado, para nosotros como si no hubiera pasado.

BARONESA.—Tiene usted razón. *(A Iluminada.)* ¿Y su papá?

ILUMINADA.—Papá está en Santander.

BELÉN.—¡Tiene tantos negocios!...

BARONESA.—*(Aparte a Belén.)* ¿Le parece a usted que, así, con diplomacia, les dejemos solos?

BELÉN.—Eso mismo le iba yo a decir a usted. ¿Pero cómo?

BARONESA.—*(Levantándose.)* Querida doña Belen, ¿sería usted tan amable que me enseñase esos frescos que se conservan en una de las habitaciones?

BELÉN.—No faltaba más.

BARONESA.—Aquí los pollos nos perdonarán...

MÁRMOL.—Perdonadas.

BELÉN.—*(A Mármol.)* Luego los verá usted. Son viejos, pero son frescos. Entretanto, está usted en su castillo.

MÁRMOL.—Siento no poder ofrecerle otro.

BELÉN.—*(Haciendo mutis le dice a la Baronesa.)* ¡Qué galante! ¡Cómo van a rabiar de envidia las amigas cuando lo sepan! *(Hacen mutis por la izquierda. Quedan solos Iluminada y Mármol.)*

MÁRMOL.—*(Sacando un cigarrillo.)* ¿La molesta a usted el humo?

ILUMINADA.—¿Son egipcios?

MÁRMOL.—Canarios cortos.

ILUMINADA.—*(Mientras enciende el cigarro Mármol.)* ¡No es mal tipo, no!

MÁRMOL.—*(Encendiendo.)* No es ninguna tontería la chica.

ILUMINADA.—*(Después de una pequeña pausa.)* Yo quisiera hacerle a usted una pregunta; pero temo que se enfade.

MÁRMOL.—Usted está autorizada para todo.

ILUMINADA.—Es referente a una cosa que dice mi padre.

MÁRMOL.—Pues cuando su padre lo dice... ¿Y qué es lo que dice?

ILUMINADA.—Pues dice, que cuando un aristócrata pretende a una chica burguesa enriquecida, es porque... *(Titubeando.)* probablemente es un sinvergüenza. *(Rápidamente.)* ¡Cuidado, que eso lo dice mi padre!

MÁRMOL.—Sí, sí; ya comprendo que usted habla por boca de... padre.

ILUMINADA.—Claro que usted, al vernos, se habrá dicho para sí: la mamá, una ordinaria insoportable; la niña, una burguesita cursi.

MÁRMOL.—Hasta ahora no me había dicho nada; pero si sigue usted por ese camino...

ILUMINADA.—¿A qué nos vamos a engañar? Sé perfectamente a qué ha venido usted aquí.

MÁRMOL.—Y yo no se lo niego; pero lo que acaso ignore usted es que si sigo aquí es por algo que me retiene.

ILUMINADA.—*(Con ironía.)* ¡Ah, vamos, sí! ¡Acaba usted de enamorarse de mí locamente; ya no puede usted vivir sin mí!

MÁRMOL.—No tanto, porque acabo de conocerla.

ILUMINADA.—¿Y mi retrato, el que le hizo a usted tanta impresión?

MÁRMOL.—Le juro que no he visto ningún retrato de usted.

ILUMINADA.—Luego entonces, ¿la Baronesa ha mentido?

MÁRMOL.—*(Comprendiendo.)* La Baronesa seguramente habrá querido rodear de cierta poesía nuestra primera entrevista.

ILUMINADA.—Esa sinceridad de usted ya es otra cosa. Ya me va usted pareciendo algo.

MÁRMOL.—Y usted también a mí. Y puestos en este camino le declaro que mi situación económica es desastrosa. Que nunca quise explotar mi título, como lo prueba el hecho de buscarme la vida honradamente, ocultando que fuese tal Conde.

ILUMINADA.—*(Extrañada.)* Entonces, ¿usted es una persona decente? *(Rectificando.)* ¡Ah, perdón!

MÁRMOL.—*(Sonriendo.)* Puede usted decirme lo que quiera. Perdí mi colocación, tuve un momento de debilidad y acepté la proposición de la Baronesa.

ILUMINADA.—¿Y qué dan por usted? La verdad.

MÁRMOL.—Le aseguro a usted que no lo sé. La Baronesa y mi tío trataron el asunto y yo no oí más que palabras sueltas... "Los ojos no son feos..." "Está muy bien hechito..." "Mira con cierta gracia..." Supongo que todo esto sería para aumentar el precio.

ILUMINADA.—Lo que se dice hacer el artículo.

MÁRMOL.—Ahora bien; como yo no quiero perjudicar a la Baronesa, haciéndola perder el tiempo, después de oír sus frases tan amables, me retiro. *(Se levanta, haciendo ademán de marcharse.)*

ILUMINADA.—*(Levantándose rápidamente y contrariada.)* Pero... ¿cómo? ¿Se va usted? ¡Ah, ya comprendo! Se va usted molesto porque le he dado calabazas.

MÁRMOL.—Está usted equivocada. Yo no he pedido su mano, me la han pedido a mí para usted. Conque póngame a los pies de su señora madre...

ILUMINADA.—¿Pero se va usted así, tan descortésmente, sin darme la mano?

MÁRMOL.—¡Ah, sí! Perdone. *(Dándole la mano.)* Adiós.

ILUMINADA.—*(Sin soltarle la mano.)* Adiós.

MÁRMOL.—Adiós.

ILUMINADA.—*(Sin soltarle la mano e indicándole el foro izquierda.)* Por allí se sale.

MÁRMOL.—Bueno; pero suélteme usted la mano.

ILUMINADA.—*(Disimulando.)* ¡Ah, es verdad! No me había dado cuenta.

MÁRMOL.—Antes me dijo que por allí. *(Indicándole la izquierda.)*

ILUMINADA.—No, no, es por... Yo le acompañaré.

MÁRMOL.—*(Triunfante.)* Usted lo que va a hacer es no dejar que me vaya.

ILUMINADA.—¡Miren el presuntuoso!

MÁRMOL.—Vamos a verlo.

ILUMINADA.—Vamos.

MÁRMOL.—¿Por dónde? Si no estoy equivocado, para la salida es por ahí. *(Señalando la derecha.)*

ILUMINADA.—*(Colgándose de su brazo.)* Pues vamos por aquí. *(Apenas han hecho el mutis, entra por la derecha* TEÓFILO BRAVO *con el guardapolvo al brazo y un cabás en la mano.)*

BRAVO.—*(Tirando el cabás, el guardapolvo y el sombrero sobre un sillón y, dejándose caer en otro, dice.)* La fruta del cercado ajeno será todo lo sabrosa que quiera el clásico, pero a mí me ha costado quince mil pesetas; y eso que no he llegado a entrar en el huerto. Me he conformado con verlo desde la tapia; y aun así y todo me cogió el guarda... ¡Y qué guarda! Yo no he visto un hombre con más facturas. Aquello no era un marido; aquello era un cobrador de Madrid-París. *(Por la izquierda sale Belén.)*

BELÉN.—*(Al ver a Bravo.)* ¿Pero qué veo? Teófilo, ¿tú aquí?

BRAVO.—Sí, hija, sí; yo, y a Dios gracias. Ven, déjame que te abrace, compañera de mis noches... sin alegría; déjame que te bese.

BELÉN.—¡Besarme! ¿Tú, besarme? Teófilo, a ti te ha ocurrido algo.

BRAVO.—Nada, disgustos... No sabes la alegría que siento al encontrarme de nuevo en mi casa. Cuando uno está hecho a comer todos los días una sencilla, pero abundante comida casera *(La acaricia.)*, siente a veces apetito por algo extraordinario...; pero las golosinas suelen estropear el estómago. Por eso, al llegar a casa y contemplar la sopa caliente y suculenta *(La acaricia más.)* con su capa de grasa...

BELÉN.—Teófilo, no digas tonterías, y dime por qué has vuelto.

BRAVO.—¡Ah! ¿Pero tú tenías la esperanza de que no volviera?

BELÉN.—Fuiste a Santander a entablar relaciones con cierta casa que te convenía para tu específico...

BRAVO.—Y las he entablado.

BELÉN.—Y qué, ¿has sacado pesetas?

BRAVO.—¿Que si he sacado? Más de las que tú te puedes figurar.

BELÉN.—¿Y por qué no me has telegrafiado la llegada?

BRAVO.—Pues por... por sorprenderte.

BELÉN.—Pues bien; a tu sorpresa voy a corresponder yo con otra.

BRAVO.—*(Aparte.)* ¿Se habrá enterado de algo?

BELÉN.—Tenemos visita; mejor dicho, visitas.

BRAVO.—¡Ah! ¿Sí?

BELÉN.—Una Baronesa amiga mía...

BRAVO.—Ya estás con tus manías de grandeza.

BELÉN.—Que nos ha traído nada menos que al conde de Albarino.

BRAVO.—¿Un Conde?

BELÉN.—Un Conde.

BRAVO.—Pero... ¿vivo?

BELÉN.—Teófilo, ten seriedad, te lo suplico. Se trata de un joven interesante; se ve en su cara algo extraordinario.

BRAVO.—Será un antojo.

BELÉN.—No me excites, Teófilo. Tú sabes lo que he deseado yo un yerno así.

BRAVO.—Mira, Belén, tengamos la fiesta en paz. Por ceder a tus caprichos, he comprado este penal, y paso cada susto por las noches cuando atravieso esas galerías llenas de armaduras, que parece que crujen y me agarran con su garfios de acero...

BELÉN.—Eso también me pasa a mí; pero ya he pensado vestirlas con trajes tuyos.

BRAVO.—Lo que no quiero es que por el gusto de llamarte suegra de un Conde, sacrifiques a nuestra pobre Iluminada.

BELÉN.—¿Y si el Conde le gustase a nuestra hija?

BRAVO.—¿Pero le conoce ella acaso?

BELÉN.—Ya te he dicho que él y la Baronesa son visitas de casa. *(Por el foro izquierda sale* ILUMINADA.)

ILUMINADA.—*(Saliendo muy alegre.)* Mamá, mamá... ¡Ah, papá! ¡Cuánto me alegro de que hayas regresado!

BRAVO.—Sí, hija, sí... Por lo visto me aguardaban unas visitas.

BELÉN.—*(Aparte a Iluminada.)* ¿Y el Conde?

ILUMINADA.—*(Bajo a ella.)* Está ahí en una de las almenas cantando tangos argentinos. ¡Si vieras con qué pena los canta!... ¡Yo he llorado!

BELÉN.—Pues hazle venir; es necesario que lo conozca tu padre. *(Iluminada va al foro y hace ademanes con la mano como llamando a alguien.)*

BELÉN.—Teófilo, vas a tener la satisfacción de conocer al Conde.

BRAVO.—Bueno, puesto que te empeñas, lo conoceré.

ILUMINADA.—*(A Mármol, que sale.)* Venga usted; papá ha llegado y quiere conocerle.

MÁRMOL.—Es para mí una alegría. *(Iluminada lo baja hasta el proscenio de la mano; al encontrarse frente a frente Mármol y Bravo, dan los dos un grito de sorpresa.)*

BRAVO.—*(Aparte.)* ¡El tanguista!

MÁRMOL.—*(Idem.)* ¡El juerguista!

BELÉN.—¿Pero qué te pasa? ¿No te lo había dicho?

BRAVO.—Sí, que aquí había un Conde; pero, vamos, yo esperaba ver un Conde corriente, ordinario; pero un Conde como éste, es para pagar a duro la entrada.

BELÉN.—¿Qué quieres decir?

BRAVO.—Aquí el... Conde me comprende, ¿verdad?

MÁRMOL.—De sobra, señor Ga...

BRAVO.—*(Sin dejarle acabar.)* Bravo, Bravo.

MÁRMOL.—Eso: Bravo.

ILUMINADA.—Papá es siempre reservado al principio, pero luego...

BRAVO.—Luego soy una explosión; ya os daréis cuenta. Ahora, que como el asunto que trae al señor Conde es un poco delicado, porque se trata del porvenir de ésta, yo os ruego que me dejéis solo con él. Es cuestión de poco: lo que tarde en darle dos o tres... razones.

BELÉN.—*(Aparte.)* Bueno; pero trátale como se merece.

BRAVO.—*(Igual.)* Pues eso voy a hacer: tratarle como se merece.

BELÉN.—Anda, Iluminada, vamos a hacerle compañía a la Baronesa... La pobre se está dando una de frescos... *(Hacen mutis por la izquierda. Quedan solos Bravo y Mármol. Pausa.)*

BRAVO.—¿Qué elige usted para suicidarse? ¿Arma sonora, puñal o veneno?... De todo tengo.

MÁRMOL.—¿Ah, usted pretende...?

BRAVO.—Que se quite usted de en medio. Yo no le quito porque me está prohibido matar tanguistas.

MÁRMOL.—¿Tanguista?

BRAVO.—¿Será usted capaz de negarme que me ha cantado a mí, mientras cenaba, aquello tan alegre?... *(Tararea cómicamente unos compases del tango que canta Mármol en el primer acto.)*

MÁRMOL.—¡Qué mal lo hace usted!

BRAVO.—Es una imitación de usted. Y acabemos: que mi mujer haya caído de prima creyéndole a usted un Conde, mal está; pero me alegro, así escarmentará de esa manía de aristocracia. Pero a mí no se me engaña tan fácilmente. Con la dote de mi hija no se juega.

MÁRMOL.—Para mí la dote de su hija es respetable.

BRAVO.—¡Ya lo creo que es respetable!

MÁRMOL.—Su hija me seduce; la madre me encanta. El que no me gusta es el padre. ¡Me apena el pensar que voy a tenerle por suegro!

BRAVO.—¡Habrá sinvergüenza!

MÁRMOL.—Usted lo ha dicho: ¡sinvergüenza! Un hombre que usa un nombre falso, que se hace pasar por Baldomero Gallo para correr una vida de crápula, engañando a su mujer...

BRAVO.—Ese rentoy ya me lo esperaba yo; pero no le vale, porque como usted no sale de aquí más que disecado...

MÁRMOL.—¿Ah, será usted capaz...?

BRAVO.—Ya se lo he dicho: o se suicida usted o le suicido yo.

MÁRMOL.—No sé cómo.

BRAVO.—Cogiéndole por las extremidades y tirándole por una de las almenas. Que yo digo que se ha caído usted, y menudo favor le hago a la Argentina... Ya no la podrá usted poner en ridículo con esos tangos fúnebres...

MÁRMOL.—Quisiera verlo.

BRAVO.—¡Ah, pues ahora mismo! *(Se dirige a él amenazador.)*

MÁRMOL.—*(Tratando de huir.)* Socorro..., fa... *(Bravo le coge y le tapa la boca.)*

BRAVO.—¡Calle, timador de dotes! *(Se sienta sobre él en el sofá.)*

MÁRMOL.—Fa..., fa... *(Por la izquierda salen* ILUMINADA, BELÉN *y la* BARONESA.)

BELÉN.—¿Qué pasa? ¡Ay, que lo aplasta!

BRAVO.—*(Soltándole.)* ¡Maldita sea!

MÁRMOL.—*(Continuando.)* Fa..., fa..., favor que usted me hace, amigo Bravo.

ILUMINADA.—¿Pero qué es ello?

MÁRMOL.—Su papá, que ha tenido la amabilidad de invitarme a que me quede a comer con ustedes.

BELÉN.—¿De veras? ¡Gracias, Teófilo!

ILUMINADA.—¡Gracias, papá!

BARONESA.—Gracias, señor Bravo.

MÁRMOL.—*(Aparte y con ira reconcentrada.)* Gracias a las gracias. Ahora, que yo lo enveneno.

MÁRMOL.—*(Aparte y arreglándose el cuello.)* Si tardan en salir, me ahoga. Ahora que este apretón me lo paga. Le voy a dar un rato... *(Alto.)* Baronesa...

BARONESA.—Conde...

MÁRMOL.—¿Verdad que aquí el señor Bravo se da un aire a aquel señor que vimos en el Hotel de Santander?

BARONESA.—*(Mirándole.)* Sí, sí. Se da un aire.

BRAVO.—*(Aparte.)* Un ciclón es lo que debía darse que se llevase el castillo.

MÁRMOL.—Por cierto que le ocurrió una cosa graciosísima. *(A Bravo.)* ¿Usted no se enteró?

BRAVO.—No. Yo me acuesto a las ocho.

BELÉN.—Cuéntelo usted.

ILUMINADA.—Sí, sí, cuéntelo.

BRAVO.—¿Supongo que no tratará usted de contar esas historias a las mujeres?

BELÉN.—¿Pero tú qué sabes lo que es?

BRAVO.—Me lo figuro.

MÁRMOL.—El final, no.

BELÉN.—Ande, cuéntelo.

MÁRMOL.—Pues era un señor que se llamaba Baldomero Gallo, que le puso cerco a una joven muy guapa, y para conquistarla se hizo pasar por soltero, siendo casado.

ILUMINADA.—¡Qué infame!

BELÉN.—¡Qué granuja!

BRAVO.—*(Aparte.)* Me están poniendo bueno.

BELÉN.—¿Oyes esto, Teófilo?

BRAVO.—No, hija, no. Si a mí esas cosas no me interesan.

MÁRMOL.—El hecho es que consiguió que ella aceptase una cena, y cuando estaban más amartelados, el esposo que se presenta...

BELÉN.—¡Virgen María!

MÁRMOL.—Y ya pueden ustedes suponer: él que quiere matarlos; ella que suplica, y, por último, al Gallo tenoriesco que le cuesta la broma doce mil pesetas.

BRAVO.—*(Sin darse cuenta.)* Quince, quince...

BELÉN.—¿Cómo?

BRAVO.—Quince veces he oído esa misma historia. ¿Y eso decía usted que era gracioso?

MÁRMOL.—No, si lo gracioso viene ahora.

BRAVO.—*(Escamado.)* ¿Pero hay más?

MÁRMOL.—Sencillamente, que la señora en cuestión se hiciera pasar por casada para, de acuerdo con su amante, desplumar al pobre Gallo.

BRAVO.—*(Cayendo con desilusión en una butaca.)* ¡No era casada! *(Se levanta y va al fondo, paseando como loco.)*

BELÉN.—¡Bien empleado le estuvo al sátiro!

ILUMINADA.—¿Por qué no damos un paseo por el parque hasta la hora de comer?

BELÉN.—Me parece muy bien. Tenemos un parque enorme, con árboles y todo. *(A Bravo, que está como atontado.)* ¿Tú no vienes?

BRAVO.—No. Yo estoy un poco fatigado del viaje.

BELÉN.—*(A los demás.)* Pues vamos. *(Mutis todos por la izquierda.)*

BRAVO.—*(Que se ha quedado solo en el butacón, dice con*

desaliento.) ¡De modo que no era casada! ¡De modo que era una señora del todo a sesenta y cinco! ¡Y el sinvergüenza del pollo aquel que fingió ser el esposo!... *(Con rabia reconcentrada.)* ¡Ay, si volviese a verlo! *(Por el foro izquierda sale* SUZANE *acompañada de* LUIS.)

SUZANE.—*(Desde el foro.)* Los señogues deben estar dentro. ¿A quién anuncio?

LUIS.—Dígales que traigo al señor Bravo una visita de mi tío el señor Manso.

SUZANE.—C'est bien. Hoy todo se vuelven visitas en esta casa. *(Va a avanzar y ve a Bravo, que está en el butacón, vuelto de espaldas, como es lógico, al foro.)* Me paguese que... Sí, sí. Es él... *(A Luis.)* Ahí tiene usted precisamente al señó. *(Indicándole el butacón.)*

LUIS.—Muchas gracias. *(Suzane desaparece. Luis avanza poco a poco con cierta cortedad.)* Me ha dicho mi tío que me va a hacer un recibimiento que me voy a acordar de él.

BRAVO.—*(Al sentir los pasos.)* ¿Eh, quién es? *(Vuelve la cara.)*

LUIS.—Servidor.

BRAVO.—*(Dando un salto al verle.)* ¡El pollo!

LUIS.—¡El Gallo! *(Como loco, se sube a la silla de la izquierda.)*

BRAVO.—*(Conteniéndose y elevando los ojos al cielo.)* ¡Dios mío, qué bueno eres! ¡Cuánto te lo agradezco! ¡Le voy a hacer papilla! *(Avanza hacia él poco a poco, amenazador. Luis va retrocediendo también poco a poco. Larga pausa, en la que se persiguen cautelosamente.)*

LUIS.—Caballero, usted perdone, pero yo me debo haber equivocado.

BRAVO.—Claro que se ha equivocado usted.

LUIS.—Me debo de haber metido en un castillo por otro.

BRAVO.—Donde se ha metido usted es una tumba. *(Con ironía.)* ¿Y su querida esposa?

LUIS.—*(Con miedo.)* ¿Mi esposa? Bien..., muchas gracias. A usted ya le veo bien.

BRAVO.—Me ve usted bien porque todavía no le he dado el puñetazo que le voy a dar.

LUIS.—Caballero, que yo...

BRAVO.—*(En el colmo de la indignación.)* ¡Mis quince mil pesetas!

LUIS.—Señor Gallo, que yo...

BRAVO.—*(Loco de ira y cogiendo un espadón de la panoplia.)* ¡Mis quince mil pesetas o te decapito!

LUIS.—Gallo, que... Gallo... *(Aparte.)* Yo doy la espantá.

(Sale corriendo por el foro derecha, seguido de Bravo, que le amenaza con el espadón.)

BRAVO.—*(Detrás de él.)* ¡Cobarde! ¡Estafador!

(Al quedar sola la escena, vuelve MÁRMOL *por la izquierda.)*

MÁRMOL.—Yo voy a ver si hago las paces con el droguero. Le juraré que lo de Santander morirá conmigo. Que aquel Gallo, ¡como si lo hubieran puesto con arroz!... No está... Quizá se haya marchado a descansar.

(Por el foro derecha sale SUZANE, *seguida del* CONDE, *que viste de frac bien y con abrigo ligero al brazo.)*

CONDE.—*(A Suzane.)* No se preocupe, porque me esperan Soy el conde de Leganés. *(La da el abrigo y el sombrero.)*

SUZANE.—*(Cogiéndolo.)* Tre bien. *(Al hacer mutis.)* Si siguen viniendo visitas, habrá que dar fichas en el ropego.

MÁRMOL.—*(Al ver avanzar al Conde.)* ¡Tío!

CONDE.—*(Dándose ahora una gran importancia.)* ¡Hola, pe rillán! Ya sabía que estabas aquí.

MÁRMOL.—Yo sí, pero tú...

CONDE.—Pues no debe extrañarte, a menos que no te haya dicho la Baronesa...

MÁRMOL.—¡Ah!... Pero la Baronesa...

CONDE.—Me telefoneó rogándome que viniese, para presentarme a tus futuros suegros... No olvides que este castillito me lo debes a mí... No, no te voy a pedir nada; afortunadamente, no lo necesito. *(Saca un magnífico cigarro puro.)*

MÁRMOL.—Bueno; pero ese traje..., ese puro...

CONDE.—Te extraña, ¿verdad? Pues que me he cotizado, como tú.

MÁRMOL.—¡Una boda!

CONDE.—Hace seis días que nos echaron las bendiciones. Ella tenía su dinero ahorrado. Además, hace poco cogió un buen pellizco...

MÁRMOL.—Una boda de conveniencia.

CONDE.—*(Ofendido.)* ¿Qué dices? Yo soy un caballero. Ella tenía la ambición de ser condesa, y aprovechando el alza, me he vendido.

MÁRMOL.—¡Tío!

CONDE.—¿A qué me lo vas a reprochar?... ¿A qué has venido tú, si no? A hacer también la jugadita de bolsa. Tú venderás el título mejor que yo; esto tiene sus fluctuaciones. Más ofensivo era que todo un conde de Leganés descendiese a ser camarero.

MÁRMOL.—*(Dando un grito.)* A propósito de camarero. ¡Tienes que marcharte inmediatamente!

CONDE.—¿Yo?

MÁRMOL.—¿Tú sabes dónde estás?

CONDE.—En tu futura mansión señorial.

MÁRMOL.—Estás en la casa del señor a quien serviste a la mesa en el hotel de Santander.

CONDE.—¡Reservilleta! ¿De aquel sinvergüenza que me dio el billete falso?

MÁRMOL.—Que antes se lo diste tú a él.

CONDE.—Pero es que esas cosas no se dan más que una vez... ¡Caramba, pues me desagradaría encontrarlo!

MÁRMOL.—Por eso tienes que marcharte en seguida.

CONDE.—¿Pero sin conocer a tu futura ni conocer a tu suegra?

MÁRMOL.—Lo importante es que no te conozcan a ti.

(Por el foro entran BELÉN, ILUMINADA *y la* BARONESA.)

BELÉN.—¿Pero dónde se ha metido usted, Conde? *(Al ver al conde de Leganés.)* ¡Ah!

BARONESA.—*(Al verle.)* ¡Ah! ¡Por fin vino usted! *(Presentando.)* El señor conde de Leganés...

BELÉN.—¿El del telefonazo?

CONDE.—El mismo.

BELÉN.—¡Ay, pues no sabe usted el gusto que tengo de conocerle!

CONDE.—El gusto es mío.

BELÉN.—Se quedará usted a comer con nosotros...

MÁRMOL.—*(Rápidamente.)* No, no puede.

CONDE.—No puedo, ya lo oye usted.

MÁRMOL.—Precisamente esta tarde recibe.

CONDE.—Eso es, recibo, y si me quedo aquí... *(Aparte.)* puede que reciba también.

ILUMINADA.—Por lo menos, que le conozca papá.

CONDE.—Si a lo mejor me conoce. Como soy tan popular en Madrid...

MÁRMOL.—*(Impaciente.)* Tío, por Dios, vete, no vayas a quedar mal con el Príncipe y el Duque...

CONDE.—O con el Embajador... Sí, tienes razón... *(Saludando.)* Señora...

ILUMINADA.—*(Mirando a la derecha.)* ¡Ah, aquí está ya mi padre!

CONDE.—¡Mi madre! *(Se vuelve de espaldas al sitio por donde entra Bravo, figurando que habla con la Baronesa. Bravo entra como si volviera de una larga caminata, jadeante, con el espadón al hombro.)*

BRAVO.—*(Entrando.)* Si yo llego a saber que en vez de seguir a una persona sigo a un "Bugati", no me muevo de

aquí. Si no ha tenido avería, a estas horas ha pasao de Madrid y debe estar subiendo el Alto del León.

BELÉN.—Pero, Teófilo, ¿de dónde vienes con ese espadón?

BRAVO.—De recorrer el castillo. ¡Como sabes que me dan miedo esas galerías!

BELÉN.—Pues cualquiera creería que vienes del Tercio.

ILUMINADA.—Papá, prepárate a recibir una sorpresa.

BRAVO.—*(Aterrado.)* ¿Otra?

CONDE.—*(Aparte.)* Yo, si no suelta el sable, no vuelvo la cara.

BELÉN.—Sí, mira... *(Cogiendo de la mano al Conde y presentándolo.)* El conde de Leganés.

BRAVO.—*(Ya medio loco.)* ¡El camarero! ¡Vaya, que no, que no, que no y que no! *(Empieza a dar saltos como si estuviera preso de un ataque nervioso.)*

BELÉN.—*(Viéndolo saltar.)* ¡Lo que se ha alegrado! Usted se queda a comer con nosotros, sea como sea.

BRAVO.—*(Cogiendo de la mano a Belén, y aparte.)* Oyeme, Belén, ¿cómo ha venido ese hombre aquí?

BELÉN.—Porque yo lo he llamado. ¿Tú sabes lo que viste? Nos hace falta en la mesa.

BRAVO.—¡Ah, ya! Para servirla.

BELÉN.—Pero, Teófilo, ¿cómo estás hoy?

CONDE.—Parece que su esposo no recuerda de mí.

BRAVO.—Sí, ya lo creo. *(Saca el pañuelo y se lo coloca en el brazo a modo de servilleta; después coloca la mano como si llevase una bandeja, y le dice.)* ¡Eh!

CONDE.—*(Aparte.)* Me ha conocido.

BRAVO.—Al principio dudé un momento, porque con esto de que ya todo el mundo tiene traje de etiqueta, es tan fácil confudir a un Conde con un camarero... ¿Tengo ojo? *(Con intención. Señalándose el ojo con un dedo.)*

CONDE.—*(También con intención.)* ¡Ojo de Gallo! *(Bravo, del susto, se mete el dedo en el ojo.)*

BRAVO.—*(Aparte.)* Me ha conocido, y lo terrible es que como éste sabe también lo de Santander... *(Alto.)* Con el permiso de ustedes voy al teléfono... Tengo que dar unas instrucciones al encargado de la tienda. *(Al hacer mutis.)* Yo pongo fin a esto.

BELÉN.—No sé qué le encuentro hoy a mi marido; parece de vanguardia.

CONDE.—*(Aparte a la Baronesa.)* ¿Cómo se le ha ocurrido a usted mandarme llamar?

BARONESA.—Tiene usted razón. ¿Pero cómo me iba yo a figurar que este Bravo fuese aquel Gallo?

SUZANE.—*(Anunciando desde el foro.)* La señora condesa de Leganés.

CONDE.—¡Mi mujer! ¡Es la que faltaba!

BELÉN.—Me alegro. Ella le obligará a que se quede con nosotros. *(Por el fondo avanza* CORALITO.*)*

MÁRMOL.—*(Al verla, asombrado.)* ¿Pero cómo?... Tío...

CONDE.—Sí, chico, sí. Esta es la que me ha cotizado.

CORALITO.—*(Saludando.)* Señoras... *(Todas hacen una inclinación, contestando al saludo.)*

CONDE.—¿Pero cómo se te ha ocurrido?...

CORALITO.—Ahí verás... Al llegar a casa me dijeron que te habían invitado a comer en el castillo de los señores de Bravo.

BELÉN.—Que desde este momento es suyo.

CORALITO.—Muchísimas gracias. Y al pensar que iba a comer solita, me entró tal pena que cogí un auto y aquí me tienes.

BELÉN.—Y ha hecho usted muy requetebién. *(A Iluminada.)* Hoy sentamos a la mesa media aristocracia española.

CORALITO.—Usted, por lo visto, es la dueña. Como nadie hace las presentaciones...

BELÉN.—¡Ya, ya; parece que se han quedao anestesiaos! Pues sí, señora Condesa; yo soy la esposa del señor Bravo, y aquí, nuestra hija Iluminada.

CORALITO.—Mucho gusto.

ILUMINADA.—Encantada de conocerla.

BELÉN.—*(Al Conde.)* Y ya lo ha oído usted: su señora no quiere comer sola, de modo que no tiene usted más remedio que quedarse, con ella, por supuesto.

CORALITO.—¡Ah! ¿Pero quería irse?

MÁRMOL.—Sí, tía. *(Acentuando la palabra.)* No tiene más remedio.

BELÉN.—No insistan más, que me disgustan. Usted, señora Condesa, y permítame esta confianza, si quiere..., ¿cómo se lo diría yo?, quedarse cómoda..., quitarse el sombrero..., darse un poco de coba, perdóneme usted, ahí en esa habitación... *(Señalando la primera izquierda.)*

ILUMINADA.—Yo la acompañaré.

CORALITO.—¡Oh, cuánta amabilidad!

BELÉN.—Es justicia.

ILUMINADA.—Vamos. *(Coralito e Iluminada entran en la primera izquierda.)*

BELÉN.—De verdad que se le puede felicitar a usted, señor Conde; tiene usted una esposa encantadora.

CONDE.—¡Ya se dará usted cuenta!...

BELÉN.—¡Tan joven, tan guapa!... ¿Tiene algún título también?

CONDE.—Varios.

BELÉN.—¿Varios títulos?

CONDE.—Sí; pero de la Deuda nada más. Ahora, que es de una familia intachable y de una honorabilidad...

BELÉN.—Eso se ve en seguida. *(Por la segunda izquierda sale Bravo.)*

BRAVO.—Ya he tomado mis medidas. A mí, más sorpresas, no.

BELÉN.—¡Teófilo, hoy está el día de alegrías! ¿No aciertas quién ha venido?

BRAVO.—*(Aterrado.)* ¡¡Otro!!

BELÉN.—La señora condesa de Leganés.

BRAVO.—¿De quién?

BELÉN.—*(Señalando al Conde.)* La señora del señor Conde.

BRAVO.—¿Su esposa? *(Aparte.)* Este se ha traído a la cocinera.

BELÉN.—Un encanto de joven y de guapa; ya verás cuando la veas.

CONDE.—Le va a sorprender muchísimo.

MÁRMOL.—*(Aparte a la Baronesa.)* Se le va a caer la cabeza.

BELÉN.—Aquí viene con nuestra hija. (CORALITO *sale sin sombrero, arreglándose el pelo, seguida de* ILUMINADA.)

CORALITO.—¡Ea, ya estoy lista! *(Al avanzar ve a Bravo, lanza un grito terrible y cae desmayada sobre Iluminada.)* ¡Ah! *(Cae.)*

BRAVO.—*(Al verla, y casi simultáneamente, da otro grito, y exclama.)* ¡No puedo más, Dios mío! *(Cae accidentado sobre una butaca, dando patadas a cuantos se le acercan. Todos corren despavoridos de un lado para otro.)*

CONDE.—De aquí salimos todos en un furgón.

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior y momentos después. Algunas butacas, la mesa y el sofá están patas arriba. Una de las estatuas pequeñas aparece rota en el suelo. También se verán infinidad de cigarros por la alfombra.

(Al alzarse el telón, Bravo pasea pensativo.)

BRAVO.—Está visto. Eso de la mujer del prójimo, no es para mí; no tengo suerte. Hay quien las conquista en plena luna de miel; pero yo ni en cuarto menguante. Hace un mes leí en los anuncios de *El Liberal*: "Señora casada aceptaría ayuda de caballero formal. Mucha reserva. San Marcos, 84." ¡Esta es la mía!, me dije, y corrí al lugar indicado. Interrogué a la portera, que me contestó: "Sí, sí, señor; casada como Dios manda; pero no tema usted nada del marido, porque están separados hace cincuenta y cinco años." ¡Nada, tendré que desistir de este ideal, alejarme de todo! *(Declamando.)* "¡Qué descansada vida la del que huye del mundanal ruido!", que dijo Gómez de la Serna. *(Por la izquierda sale* SUZANE.)

SUZANE.—*(Viendo el desorden de los muebles.)* ¡Ah! Ou la lá. Mais je ne sais ce qui ha passé ici.

BRAVO.—Esto es lo que completa el confort del castillo. No entender a los criados.

SUZANE.—*(Arreglándolo.)* ¡Oh, le foteil! ¡Oh, le canapé!

BRAVO.—¡Olé tu cuerpo! Oye, garzona.

SUZANE.—*(Sin hacer caso, al ver una figura que hay rota en el suelo.)* ¡Oh! ¿Quién ha hecho celá con m'ás culture?

BRAVO.—Ma musculature. *(Enseñándole el brazo.)*

SUZANE.—¡Oh, les cigarrettes! *(Cogiéndolos.)*

BRAVO.—No cojas colillas y atiéndeme a mí; a mí, que soy le dueñe; el que apoquina a finis de mois.

SUZANE.—Ui, ui; compran perfectaman al señog, pego como todo esto paguece una trinchega...; clago, con el accidente que le dió a la Condesa y al señog.

BRAVO.—No era para menos.

SUZANE.—A la Condesa no había manega de sujetarla; por poco más degiba le chateau.

BRAVO.—Bueno; ¿y qué hacen ahora?

SUZANE.—La señoguita con el señor Conde anciano, y el señor Conde joven, están atendiendo a la Condesa; ya paguese que está más calmada; pero se ha movido un ki-ki... ri-kí...

BRAVO.—¡Por tu salud, no me hagas el gallo! Se dice guirigay.

SUZANE.—Eso: guirigay. ¡Oh, cette "cható" ser un infierno! Mocho trabajo; de seguir así, yo despedirme y marchar a Bayona a unirme a mi maguido.

BRAVO.—*(Viendo un rayo de luz.)* ¿A tu magui...? ¿Pero tú eres casada?

SUZANE.—Va paga dos años.

BRAVO.—*(Un poco escamado.)* Pero... ¿casada de verdad?

SUZANE.—¡Oh, mon Die! ¿Por quién me toma el señog?

BRAVO.—No, mujer, no te molestes; pero es que hay cada casadita... *(Más meloso.)* ¿Y eres de Bayona?

SUZANE.—De Bayona.

BRAVO.—*(Aparte.)* Es muy mona la bayonesa esta. ¿Cómo no se me habrá ocurrido enterarme? *(A ella, y muy zalamero.)* Oyeme, monada traspirenaica. ¿En cuánto te tiene ajustada mi señora.

SUZANE.—¡Oh, en una porqueguía! ¡Me trajo para dar brillo!

BRAVO.—Sí, para dar cera.

SUZANE.—¡Oh, no, no, cega, no! Brillo a la casa. Las doncellas francesas damos cierto "chic".

BRAVO.—*(Más decidido.)* Tú lo que das es unos mareos que estoy viendo otra vez los muebles patas arriba.

SUZANE.—¿Qué dice el señog?

BRAVO.—Que desde este momento tienes doble sueldo del que ganas.

SUZANE.—*(Dejándose querer.)* ¡Oh, tré simpatico es el señog!

BRAVO.—¿De veras te soy simpático?

SUZANE.—¡Mocho, mocho!

BRAVO.—Oye, a propósito de mocho, ¿dices que tu marido está en Bayona?

SUZANE.—Ahoga probablemente estará en el campo, porque se dedica a correr insectos.

BRAVO.—¡Corredor de insectos! ¡Caray, qué oñcio más raro!

SUZANE.—Se los vende a los coleccionistas. Coge los que puede y los corre por toda la Francia: mariposás, libelulás, y en el verano, grillos.

BRAVO.—¡Ah! ¿Pero corre también con grillos? ¡Qué tío para un circo!

SUZANE.—Es mocho trabajador.

BRAVO.—Es que tú te mereces algo más que un insecticida. Tú te mereces un hombre...

SUZANE.—¿Como el señog?

BRAVO.—Si no como yo, muy parecido, parecidísimo, y si tú quisieras esperarme esta noche, cuando todos descansan, en la segunda almena, según se sale, a la derecha...

SUZANE.—¡Oh, en la almená! ¡Tan destartalada! Sin una mala butaca, sin una mala ches-lon.

BRAVO.—Sí, es verdad. Pues mira, espérame en el parque.

SUZANE.—¡En el parque! ¡Tan humedó!

BRAVO.—Te llevas una hamaca. O en la sala de las armaduras.

SUZANE.—*(Con terror.)* ¡De las armadugas!

BRAVO.—Te llevas un susto, ya lo sé; pero el caso es que hablemos donde no haya posibilidad de que nos sorprendan.

SUZANE.—Prefiero la almená.

BRAVO.—Pues en la almená. Oye, no me vayas a dejar colgadó.

SUZANE.—Descuide el señog. *(Por el foro izquierda sale* BELÉN. *Viste un kimono encarnado, llamativo y muy ajustado. Se ha ondulado el pelo y se ha dado masaje facial. Sale contando los pasos, con los brazos doblados hacia arriba; pero sale andando hacia atrás y contando los pasos como los soldados.)*

BELÉN.—*(Andando hacia atrás al mismo tiempo que cuenta.)* Doce, trece, catorce, quince...

SUZANE.—*(Viéndola.)* Es la señoga.

BRAVO.—*(Viéndola marchar hacia atrás.)* ¡Es un cangrejo!

BELÉN.—*(Avanzando.)* Dieciocho, diecinueve y veinte. *(Pa-*

rándose y volviéndose al público.) ¡Ay, qué trote! Me he dado cinco vueltas al parque. ¡Así está él!

BRAVO.—Como que yo he desistido de traer la apisonadora.

BELÉN.—*(A Suzane.)* ¿Qué hace usted aquí?

SUZANE.—Estaba poniendo en ogden los muebles.

BELÉN.—Pues retírese, que tengo que hablar con mi marido.

SUZANE.—Tre bien. *(Al hacer mutis cruza una mirada de inteligencia con Bravo, y éste dice.)*

BRAVO.—En la almena.

BELÉN.—¿Qué dices?

BRAVO.—Que en la almena de la derecha he visto posarse una cigüeña y a lo mejor se mete aquí...

BELÉN.—No me extrañaría.

BRAVO.—Ni a mí; porque aquí se va metiendo todo el mundo.

BELÉN.—De eso quería hablarte. Siéntate, Teófilo, y óyeme. Primero, tengo que advertirte que seas más correcto si te da otro ataque. Las personas decentes se ven hasta atacadas.

BRAVO.—¿Por qué me dices eso?

BELÉN.—Porque al pobre Conde y al Condesito, que acudieron solícitos a socorrerte, los has puesto tibios.

BRAVO.—¿Es posible?

BELÉN.—Al Conde le diste una patada en los riñones que quizá lo tengan que operar, y al Condesito le cogiste de las melenas que quizá lo tengan que pelar.

BRAVO.—¡Qué bien!

BELÉN.—¡Teófilo!

BRAVO.—¡Qué bien haces en advertírmelo! Oye, ¿y no fué más que una patada la que le di al Conde?

BELÉN.—En los riñones, una nada más.

BRAVO.—¡Ya decía yo! En la barriga, creo recordar, en medio de mi delirio, que le di seis u ocho.

BELÉN.—Eso él te lo dirá.

BRAVO.—¿Me lleva la cuenta?

BELÉN.—Lleva los cardenales. Tu hija y yo tuvimos que acudir en socorro de la Condesa, que por cierto también atizaba lo suyo.

BRAVO.—¡Ah! ¿También la Condesa?...

BELÉN.—A mí me dió, claro está que sin querer, un tortazo en esta mandíbula, que me ha dejado una muela que es un charlestón; ahora, que ese puñetazo me lo da una que no sea Condesa, y cuando vuelve en sí, en vez de preguntar "¿Dónde estoy?", pregunta: "¿Dónde estás mis narices?"

BRAVO.—Yo que tú no hubiera hecho caso del título, porque a lo mejor no es Condesa.

BELÉN.—No insistas, te lo suplico, y vamos a lo importante.

Es necesario que tomes en serio el casamiento de nuestra hija con el Condesito.

BRAVO.—Oye, ¿pero ellos no te han dicho nada de que si yo..., vamos, de si me conocían?...

BELÉN.—Te conocían de nombre.

BRAVO.—Bueno. ¿Pero de qué nombre?

BELÉN.—De qué nombre va ser: del tuyo.

BRAVO.—¿De Felipe Bravo?

BELÉN.—¿Pero es que tienes otro?

BRAVO.—No; es que pudieran confundirse... Como hay tantos inventores de callicidas. *(Aparte.)* No han dicho una palabra.

BELÉN.—De modo que tú dirás. Ya sabes que mi sueño dorado es casar a Iluminada con un noble.

BRAVO.—Y yo siento contrariarte; pero a la chica la tengo prometida a un futuro sobrino de un íntimo amigo.

BELÉN.—*(Indignada.)* ¿Un boticario? ¿Mi hija boticaria?

BRAVO.—Y qué, ¿no eres tú farmacéutica?

BELÉN.—¡Teófilo, no sigas hablando, porque me va a dar eso que sabes que me da, y como me dé!...

BRAVO.—Como te dé, le das a otro, porque yo me voy.

BELÉN.—Iluminada será Condesa; en primer lugar, porque le conviene, y en segundo, porque ya lo tengo ajustado. Nos sale baratísimo.

BRAVO.—¿Pues sabes lo que te digo? Que cuando yo vea el título de Conde y cuando la chica me diga que le quiere, hablaremos.

BELÉN.—¿Pero es que dudas?

BRAVO.—Dudo. Y aunque no dudase... ¿Qué se puede esperar de un Conde que lo dan a mitad precio? Menos aún: a precios populares.

BELÉN.—*(Levantándose.)* Pues pronto te convencerás de que es tal Conde y de que se quieren. ¡Boticaria, mi hija!... ¡Ah! Se me olvidaba: desde hoy tienes un criado nuevo.

BRAVO.—¿Qué idioma habla? Porque supongo que habrás tomado un checoeslovaco o un árabe.

BELÉN.—Un español. Ahora, que es un "as" sabiendo su obligación. Sobre todo, la mesa la sirve como nadie. Nos estaba haciendo mucha falta. Hoy mismo me lo mandaron. Y ya lo sabes: todo, menos boticario. *(Hace mutis por la primera izquierda.)*

BRAVO.—*(Al quedarse solo.)* A propósito de boticario. ¿Cómo no me habrá mandado Manso a su sobrino? *(Por el fondo aparece* MANSO, *que saca a viva fuerza a* LUIS.)

MANSO.—*(Tirando de él.)* Pasa, que quiero yo saber quién te ha corrido a ti.

LUIS.—Ya se lo he dicho: el "as" de espadas.

MANSO.—Pues ese "as" lo fallo yo. *(Tira de él y avanza.)*

BRAVO.—*(Al verlo.)* ¡Hombre, Manso!

LUIS.—*(Escondiéndose detrás de Manso.)* Cuidado, tú.

BRAVO.—Pero oye, ¿quién viene ahí contigo?

MANSO.—Mi sobrino.

BRAVO.—¿Pero ése es tu sobrino?

LUIS.—Usted creerá que soy un galgo, ¿verdad?

MANSO.—Bravo, un momento: ¿qué gente tienes aquí?

BRAVO.—¿Por qué lo preguntas?

MANSO.—Porque quiero saber quién es el sirvergüenza que le ha dado a éste una carrera, amenazándole con un espadín. ¡Y qué carrera!

LUIS.—La única que he acabado.

BRAVO.—Pues ese sinvergüenza soy yo.

MANSO.—¡Tú!

LUIS.—Sí, señor, él.

BRAVO.—Y no le he trinchao porque no lo he alcanzao; pero le hubiera estado bien empleado, porque has de saber que este campeón de carreras a pie me hizo una peliculita en Santander de lo más sonora.

MANSO.—¿Tú?

BRAVO.—Se fingió el marido de la casadita que tú me presentaste, y me dió un disgusto, y me dió un escándalo, y me dió quince facturas que tuve que apoquinar.

MANSO.—¿Es posible?

LUIS.—Sí, tío, sí. Pero en aquel momento yo no era yo; era un francés.

BRAVO.—Pues por las facturas parecías un inglés.

LUIS.—Un favor que me pidió Coralito, y como es una mujer que hace de mí lo que quiere...

BRAVO.—No, si a mí lo que más me ha indignado es el saber que no era casada de verdad.

MANSO.—¡Claro, como tú tienes esa ilusión por conquistar a una mujer casada!...

BRAVO.—Ese es mi flaco. Bueno, y vamos a otra cosa. Hace poco precisamente te estaba recordando.

MANSO.—¿A mí?

BRAVO.—Sí. Hace un siglo que no te he visto.

MANSO.—¿Un siglo?

BRAVO.—Bueno, es que aquí en el castillo contamos por siglos, ¿sabes? Así le damos más carácter a este derribo.

MANSO.—Pues yo no he podido venir antes porque he tenido que ir a Guadalajara, donde lidiaban una corrida mía.

BRAVO.—¡Hombre, a Guadalajara! ¿Y qué tal?

MANSO.—Llevo mal año. ¡Cinco mansos! Ahora, del último, del último estoy muy satisfecho.

BRAVO.—Menos mal.

MANSO.—Salió como una centella, y al llegar al centro del redondel se paró en seco y levantó la cabeza.

BRAVO.—Sería para que le retrataran.

MANSO.—De pronto ve un picador y se arranca...

BRAVO.—¡Olé los toros!

MANSO.—Se arranca para la barrera, la salta, y aprovechando que estaba abierta la puerta sale a la calle y voltea a tres borrachos.

BRAVO.—Eso en Guadalajara era de esperar.

MANSO.—Esto era antes de las cinco y cuarto, pues a las cinco y media ya estaba en Alcalá.

LUIS.—¡Un relámpago!

BRAVO.—Oye, ¿y dices que estás contento de él?

MANSO.—Figúrate, como que este domingo lo llevo a las carreras del Hipódromo, y que le echen caballos.

BRAVO.—Pero sin picadores.

LUIS.—A usted lo que le ocurre es que no tienta bien.

MANSO.—¿Quién te lo ha dicho? Cada uno tienta como le da la gana. Y vamos al asunto. ¿Dónde está tu hija?

BRAVO.—Pues mi hija está... ¿Estás bien sentado?

MANSO.—Comodísimo.

BRAVO.—Pues agárrate, por si te caes.

MANSO.—¿Qué pasa?

BRAVO.—¿Tú recuerdas el Hotel de Santander?

MANSO.—¡Claro!

BRAVO.—Pues mi hija está con el de los tangos, que es Conde, y con el camarero, que es Conde, y con la mujer de ése *(Por Luis)*, que es Condesa.

LUIS.—¿Condesa la Coralito?

BRAVO.—Condesa.

MANSO.—¡Tú estás loco!

BRAVO.—Y tú te vas a volver también en cuanto los veas. Y ése. *(Por Luis.)*

LUIS.—¿Pero a qué han venido?

BRAVO.—El tanguista a casarse con mi hija.

MANSO.—¡Tu hija con un tanguista!

BRAVO.—Figúrate, con la educación que le estoy dando, que sabe hasta el esperanto.

LUIS.—¿Y lo habla bien?

BRAVO.—Como los naturales del país.

MANSO.—Y ese Conde, ¿quién te lo ha traído?

BRAVO.—Una Baronesa.

MANSO.—¿Una Baronesa?

BRAVO.—Una que es proveedora de las mejores casas.

MANSO.—¡Ah, pues eso hay que aclararlo!

LUIS.—Claro; yo no he venido a que me corran con un sable nada más.

BRAVO.—Pues qué quieres que te diga... Yo te he corrido con un sable; pero como mi mujer se dé cuenta de lo quieres, te corre con toda la panoplia. Está emperrada en casarla con un Conde.

MANSO.—Pues, señor, di que es un tanguista.

LUIS.—Quítele usted la careta.

BRAVO.—Es que si yo le quito la careta, le cuenta a mi mujer la escenita contigo y me quita la carita.

MANSO.—¿Y qué vas a hacer?

BRAVO.—No lo sé... Estoy pensando un medio hábil... Venid conmigo aquí a mi habitación a ver si entre los tres se nos ocurre...

MANSO.—Yo que tú les echaba a patás.

BRAVO.—¿A patás dices? Ya lo he puesto en práctica; pero como si no. Andad, venid. *(Hacen mutis por la primera puerta de la derecha. Por la primera izquierda salen* CORALITO, BELÉN, ILUMINADA, CONDE *y* MÁRMOL.)

CORALITO.—Imposible. ¿Cómo va usted a casar a la chica con un boticario?

MÁRMOL.—Además, que lo tratado es lo tratado.

CONDE.—Si tú hubieses pedido una señal por adelantado, que es lo que hace todo el mundo...

ILUMINADA.—El caso es que yo antes no me importaba; pero ahora que te he conocido...

CONDE.—Como que es una ganga.

BELÉN.—Pues yo, como insista en su negativa, estoy dispuesta hasta a separarme de él. A mí no me chafa el sueño de mi vida.

CORALITO.—¿Y si yo le convenciera?

CONDE.—¿Tú?

BELÉN.—¡Ah, si usted le convenciera!... ¡Qué sé yo!... Era capaz de regalarle medio castillo.

CORALITO.—Pues váyase a dar un paseo por el Parque y déjenme a solas con mi esposo. En seguida va para allá él también.

MÁRMOL.—¿Qué intentará?

ILUMINADA.—Con tal de que lo convenza...

BELÉN.—Vamos. *(Hacen mutis por el foro izquierda. Quedan solos Coralito y el Conde.)*

CORALITO.—*(Con mimo.)* Pocholín, necesito que por unas horas cambies de nacionalidad.

CONDE.—¡Ah, vamos, sí! Que me haga el sueco.

CORALITO.—Que te afranceses.

CONDE.—*(En digno.)* Coralito, piensa lo que dices. Yo seré un Conde arruinado; pero tengo una ejecutoria de nobleza, y a mí ni tú ni la Pompadur me torea. Ya te dije al tomarnos los dichos que no te los tomabas con el Conde de Leganés, sino con García del Castañar.

CORALITO.—Y yo sé muy bien hasta dónde llega el respeto que te debo guardar; pero necesito que por unas horas hagas la vista gorda.

CONDE.—Bueno, pero detállame la obesidad, porque cataratas, no.

CORALITO.—No te preocupes, que para mí tu ejecutoria es la mía... Voy... *(Mirando a todos lados.)* a dejarme conquistar por el señor Bravo. El no tiene más sueño que una mujer casada. Y como ahora lo soy de verdad...

CONDE.—Bueno, pero es que ahora yo soy el marido de verdad.

CORALITO.—Ya comprenderás que no he de pasar de una promesa, una deuda, a cambio de que transija con tu sobrino... Yo le ofreceré pagarle al día siguiente del matrimonio, y cuando presente la factura...

CONDE.—Se la pago yo. Bueno, pero ten cuidado, porque a lo mejor le pago a él la factura y a ti te doy la propina.

CORALITO.—*(Mimosa.)* Desconfiado, más que desconfiado... *(Mirando hacia la segunda izquierda.)* ¡El viene! Anda, déjame sola, y ya lo sabes...

CONDE.—Bueno, pero eso de la vista gorda... Mira a ver si lo puedes dejar en una vista cansada.

CORALITO.—Vete, que sale. *(El Conde hace mutis por el foro izquierda. Coralito se sienta y toma una actitud de gran coquetería, cruzando una pierna sobre otra. Por la segunda izqueirda sale* BRAVO.)

BRAVO.—*(Saliendo.)* Ni Manso ve la manera... Ni su sobrino ve la manera... Ni yo veo... *(Mirando las piernas de Coralito.)* Yo sí veo... Ahora que lo que veo no es lo que quería ver... Esto es que se ha presentado por casualidad.

CORALITO.—*(Como si no se diese cuenta.)* ¡Eh!... ¿Quién?... ¡Ah! ¿Es usted, amigo Bravo?

BRAVO.—Perdóneme, pero yo no soy amigo de usted.

CORALITO.—Tiene usted un mal recuerdo de mí, ¿verdad?

BRAVO.—Ni eso; a usted no la conozco yo.

CORALITO.—¡Qué pena! Porque yo no le olvidaré nunca.

¡Hombres como usted se encuentran tan pocos!... Usted no es de los egoístas ni de los que pegan.

BRAVO.—Yo soy de los que pagan.

CORALITO.—Precisamente ahora acabo de tener una escena con mi esposo... ¡Es un tirano! No sé, no sé cómo me he casado con él.

BRAVO.—*(Escamado.)* ¿Casada?... ¿Me va usted a repetir la escenita del hotel? Le advierto a usted que ya no soy Gallo; ahora soy Bravo.

CORALITO.—¡Ah! ¿Pero es que duda usted que soy casada?

BRAVO.—No es que dudo; es que tengo la seguridad.

CORALITO.—*(Abriendo el bolso de mano y sacando una partida y dándosela.)* Pues bien, ahí tiene usted mi partida de casamiento, legalizada en regla. Entérese, entérese; vea si es verdad o no que estoy casada con ese hombre que odio...

BRAVO.—*(Que mientras ella ha hablado lo anterior habrá figurado que lee la partida.)* Pues es verdad. *(Fijándose en la fecha.)* Y está como quien dice recién salida de la iglesia.

CORALITO.—¿Se convence usted?

BRAVO.—*(Devolviéndole la partida.)* Sí, señora, sí, perdóneme; pero como me hizo usted el numerito...

CORALITO.—Más que usted lo sentí yo, porque usted no se merece que le engañen... Tiene usted una atracción...

BRAVO.—¿Atracción? *(Aparte.)* ¿Me estará preparando otro numerito?

CORALITO.—*(Fingiendo zalamería.)* ¡Lo que daría yo por poder repetir lo de la cena!

BRAVO.—¿Pero sin sorpresa?

CORALITO.—Sin sorpresa.

BRAVO.—*(Aparte.)* Antes ninguna y ahora dos: la francesilla y ésta. ¿Irá a cambiar mi suerte, Dios mío?

CORALITO.—¿Qué piensa usted?

BRAVO.—Pienso que si usted está decidida...

CORALITO.—Decidida; pero con una condición...

BRAVO.—No serán muchas facturas, ¿verdad?

CORALITO.—No, no se trata de facturas; es otra cosa. Ya comprenderá usted que la fruta del cercado ajeno merece un sacrificio.

BRAVO.—Aceptado, sea el que sea.

CORALITO.—Que dé usted su consentimiento para que su hija se case con el Condesito.

BRAVO.—¿Con ese estropeatangos?

CORALITO.—Tanguista, pero conde; tan conde como yo casada. Se lo juro.

BRAVO.—De ninguna manera.

CORALITO.—Entonces habrá que resolver la situación. La señora se enterará de que el que se hacía pasar por soltero y por Baldomero Gallo, en Santander, era usted; se enterará de la cena, del escándalo... No quedará nada que no se sepa.

BRAVO.—Y en cuanto lo sepa, no quedará nada de este castillo; ni los fosos.

CORALITO.—En cambio, si usted transige, nuestro silencio será eterno; seguiremos sin habernos visto nunca.

BRAVO.—*(Con intención.)* ¿Pero nos veremos?

CORALITO.—Eso, de usted depende... Si no falta usted a su palabra...

BRAVO.—Hágase usted la cuenta de que le he firmao una escritura.

CORALITO.—*(Dándole la mano.)* Gracias por su complacencia.

BRAVO.—*(Estrechándola.)* Lo mismo digo.

(Coralito se dirige al foro izquierda, y al llegar a él, se tropieza con BELÉN, *que entra.)*

BELÉN.—¿Qué?

CORALITO.—Un triunfo en toda la línea. Accede.

BELÉN.—*(Con alegría.)* ¿Que accede?

CORALITO.—Voy a dar la noticia a todos. *(Hace mutis. Belén baja hasta el proscenio, radiante de alegría.)*

BELÉN.—¡Teófilo, Teófilo, ven a mis brazos!

BRAVO.—¿Para qué?

BELÉN.—Ven. La noticia que acaba de darme la Condesa merece que te estruje. *(Abrazándole.)* Así, así. ¡Por fin has caído de tu burro! *(Le zarandea.)*

BRAVO.—Tú, que me vas a hacer caer.

BELÉN.—¡Si yo siempre lo he dicho! Tú eres un cabezota, pero en el fondo eres un pedazo de pan; y como marido, como marido, un modelo.

BRAVO.—Sí, hija, sí; como marido, no tengo ejemplo. Soy de una fidelidad perruna.

BELÉN.—Es que si no fuese así...

(Por el foro derecha aparece LAFUENTE, *o sea el camarero del primer acto.)*

LAFUENTE.—*(Desde el foro.)* ¿Dan los señores su permiso?

BELÉN.—*(Volviéndose.)* ¡Ah, sí! Pase usted, Lafuente. *(A Bravo.)* Es el criado nuevo que te indiqué.

LAFUENTE.—*(Llegando hasta ellos.)* A la disposición de los señores... *(Viendo a Bravo.)* Pero ¿qué veo? ¡Don Baldomero Gallo aquí!

BELÉN.—¿Eh?

BRAVO.—*(Aparte.)* ¡Ave, César; morituri te salutam!, que dijo D'Anunzzio.

BELÉN.—*(A Lafuente.)* Dice usted que aquí el señor...

LAFUENTE.—Don Baldomero Gallo. Tuve el honor de servirle en el hotel de Santander. Por cierto que la cena de la falsa casadita y usted me la birló uno nuevo, que debía ser un sinvergüenza. No sabía ni abrir las ostras. Por eso me despedí. Y por eso he venido aquí... ¿Son ustedes muchos?

BRAVO.—Dentro de poco, ni uno.

BELÉN.—*(Que se está conteniendo.)* Bien; retírese, y ahora hablaremos.

LAFUENTE.—¿Tengo que preparar alguna mesa?

BELÉN.—Sí, una mesa...

BRAVO.—De operaciones.

LAFUENTE.—A la orden de la señora y del señor Gallo. *(Hace mutis por el foro derecha. Quedan solos los dos. Bravo está como petrificado.)*

BELÉN.—*(Con severidad.)* Gallo...

BRAVO.—*(Aparte.)* Esta me da en la cresta.

BELÉN.—Gallo, voy a mandar por un notario, para que hagas testamento. ¿De dónde prefieres que venga? ¿De Madrid o de Toledo?

BRAVO.—Si pudiera ser, de Buenos Aires.

BELÉN.—¿De Buenos Aires?

BRAVO.—¡Claro! Para un moribundo, lo mejor es un notario del otro mundo.

BELÉN.—Gallo, no seas cínico; es necesario que testes, porque tienes las horas contadas.

BRAVO.—¡Ah!... ¿Pero has tomado en serio...?

BELÉN.—Testa, Gallo, testa...

BRAVO.—Pero comprende...

BELÉN.—*(Más autoritaria.)* ¡Testa!

BRAVO.—¡Qué testa... ruda eres!

BELÉN.—¿Pero es que intentas hacerme creer que el camarero ha mentido?

BRAVO.—No habrá mentido; pero puede haberse equivocado. ¿Por qué no he de parecerme yo a ese Gallo que él dice o a otro Gallo cualquiera? Ya sabes que de segundo apellido me llamo Morón... ¡Tengo algo de gallo!

BELÉN.—Lo que tienes es una frescura que te constipas en los Altos Hornos; y eso no, Teófilo. Todo te lo paso, menos la infidelidad. Por respeto a la gente que nos honra con su visita, no te cojo ahora mismo y te desplumo. Pero me voy...

BRAVO.—¿Que te vas?

BELÉN.—Sí, a casa de mi abogado, a que pida inmediatamente la separación de cuerpos y bienes.

BRAVO.—¡Ah!... ¿Sí? Pues vete.

BELÉN.—Separación de cuerpos.

BRAVO.—De cuerpos.

BELÉN.—Y bienes.

BRAVO.—Y vienes... y me dices lo que te ha dicho. Que seguramente te dirá que estás loca.

BELÉN.—*(Indignada.)* ¿Loca yo? ¡Ea, esto se ha acabao! *(Se dirige a él en actitud hostil.)*

BRAVO.—*(Huyendo.)* ¡No te acerques!... ¡Separación de cuerpos!

(Por el foro izquierda entran CORALITO, ILUMINADA, CONDE *y* MÁRMOL.)

ILUMINADA.—Pero ¿qué pasa?

BELÉN.—Pasa que este sinvergüenza que creo que es tu padre, no es tu padre.

MÁRMOL.—¡Qué atrocidad!

CONDE.—Cuando ella lo dice...

ILUMINADA.—¡Mamá, por Dios!

BELÉN.—Es tu padre aquí en el castillo; pero en Santander es Baldomero Gallo, que se dedica a convidar a cenar a pelanduscas...

CONDE.—¡Qué atrocidad!

MÁRMOL.—Cuando ella lo dice...

CORALITO.—¿Pero de dónde ha sacado usted esa historia?

BRAVO.—De Lafuente, un camarero nuevo que he tomado hoy.

BELÉN.—Y que precisamente servía en el hotel de Santander donde estuvo este sátrapa.

CONDE.—*(A los demás, aparte.)* ¡Mi compañero! Como nos vea, hacemos las diez de últimas.

CORALITO.—¿Y no puede ser una equivocación?

MÁRMOL.—O un parecido...

BRAVO.—Eso mismo la estaba diciendo yo.

(Por el foro izquierda aparece LAFUENTE.)

LAFUENTE.—*(Desde el foro.)* Con permiso.

(Coralito, Conde, Mármol y Bravo, al verle, dan un grito simultáneo, y disimuladamente van haciendo mutis. Coralito, por la primera izquierda; el Conde y Mármol, por la segunda, y Bravo, por la derecha.)

BRAVO, CORALITO, CONDE *y* MÁRMOL.—¡Ah! *(Se esconden. Iluminada queda asombrada, sin saber qué hacer, al verlos irse. Belén dice, volviéndose.)*

BELÉN.—¿Qué pasa?

LAFUENTE.—Una mujer de edad, al parecer extranjera, que desea hablar con la señora urgentemente.

BELÉN.—¿Qué aspecto tiene?

LAFUENTE.—No parece muy allá... Se ha quedado ahí, en el zaguán.

BELÉN.—Con tal de que no sea un sablazo... *(A Iluminada.)* Anda, acompáñame. *(Belén e Iluminada hacen mutis por el foro derecha. Lafuente avanza hasta el centro.)*

LAFUENTE.—No sé por qué me parece que no he caído yo aquí bien. Y el caso es que al solicitarme todo era ofrecerme el oro y el moro, y ahora...

CORALITO.—*(Saliendo sigilosamente, le dice.)* Mil pesetas si hace como que no me conoce.

LAFUENTE.—¡Anda, la de la cena!

(Coralito va hacia el foro derecha para observar si vienen.)

CONDE.—*(Saliendo en igual forma.)* Mil del ala, y se ahueca usted de aquí.

LAFUENTE.—¡Atiza! ¡Mi compañero!

MÁRMOL.—*(Saliendo igual.)* Un billete grande si no canta que yo cantaba en... *(Se va también hacia el foro.)*

LAFUENTE.—¡Anda, el tanguista!

BRAVO.—*(Saliendo igualmente.)* Si dice usted que se ha equivocado, tengo para usted un sobre con cinco billetes grandes.

LAFUENTE.—¿Y si no lo digo?

BRAVO.—Tengo para usted un revólver con cinco tiros.

LAFUENTE.—Prefiero el sobre. *(Avisando.)* ¡La señora! *(Todos bajan al proscenio. Por la izquierda salen Belén e Iluminada.)*

ILUMINADA.—¡Qué pena!

BELÉN.—¡Para que te fíes de los hombres!... A propósito, aquí tienen ustedes al camarero en cuestión.

CORALITO.—*(Disimulando.)* ¡Ah!... ¿Pero es éste?

BELÉN.—Este.

CONDE.—¿Este?... *(Fijándose en él.)* Me parece recordar que usted me ha servido algo a mí...

LAFUENTE.—Es posible.

CONDE.—Claro, como yo viajo tanto... Y hasta me parece recordar que usted era corto de vista.

LAFUENTE.—Muy corto, sí, señor.

CONDE.—Cortísimo, porque una vez, al servirme los licores, me echó en el pantalón tres copas de Anís del Mono.

LAFUENTE.—Por cierto que estuvo usted todo el día enfadado.

CONDE.—Todo el día de monos, sí, señor.

BRAVO.—Como que es burriciego.

BELÉN.—Bueno, pero al señor... *(Por Bravo.)*

LAFUENTE.—Al señor he debido confundirlo; claro que al primer momento tiene una gran semejanza con el que yo vi en Santander. Pero ahora que me fijo bien, puedo asegurar que no es él.

BELÉN.—¿Pero está usted seguro?

BRAVO.—Está sobre seguro, mujer, ¿no lo oyes?

BELÉN.—Pues si quiere usted seguir sirviendo en esta casa, cómprese unas gafas.

BRAVO.—Yo le daré una lupa.

CORALITO.—Bueno, puesto que ya se disipó el nublado, si es parece bien, podíamos concretar lo de éstos.

BELÉN.—Claro que sí; pero eso comiendo. Lafuente, vaya preparando la mesa. *(Lafuente hace mutis por la primera izquierda.)* Y esta noche, si les parece...

BRAVO.—No, esta noche no cuentes conmigo. Estoy cansadísimo. Quiero coger el sueño... *(Aparte.)* ¡El sueño de mi vida! ¡Esa francesilla casada!

SUZANE.—*(Saliendo por la primera izquierda.)* El criado nuevo pregunta que si pone servicio paga todos.

BELÉN.—Claro. Y a propósito, Suzane, se me había olvidado decirle que ahí en el zaguán está su madre.

SUZANE.—¿Ma mer?

BELÉN.—Su mer, sí... Ha llegado de Bayona, hecha un mar de lágrimas. El sinvergüenza que la engañó a usted dándola palabra de casamiento, se ha casado con otra.

SUZANE.—*(Llevándose las manos a la cara.)* ¡Ah, cochón!

BRAVO.—*(Aparte, indignado.)* ¡Ah, cochona! De modo que tampoco era casada... ¡Está visto que no tengo suerte! En lo sucesivo, no lo intentaré más. ¿Para qué? *(Declamando.)* "¡Agua que no has de beber...!", que dijo Santillana.

TELON

NOTA.—Al cantar el tango, téngase en cuenta que la segunda parte debe repetirse, cantando entonces, en lugar de la letra, sólo en voz de falsete, siguiendo el contrapunto del violín muy cómicamente, hasta llegar a la última frase: "Y la enterraron sin oír mis quejas", que se cantará natural hasta el final.

LA FARSA

Publicación semanal
de obras de teatro.

DIRECTOR:

VALENTIN DE PEDRO

Las obras más interesantes; las de más prestigiosos autores; las que más expectación hayan despertado, las encontrará usted en

LA FARSA

ADMINISTRACIÓN: RIVADENEYRA (S. A.)

SECCION DE PUBLICACIONES

Paseo de San Vicente, 20.—Madrid.

PRECIO DEL EJEMPLAR: **50 CÉNTIMOS**

GUTIÉRREZ

SEMANARIO ESPAÑOL
:-: DE HUMORISMO :-:

24 páginas. Cuatro colores. 30 céntimos.

Xaudaró.—Tovar.—Penagos.—Ribas.—Bartolozzi.—Baldrich.—Karikato.—Roberto.—Barbero.—López Rubio.—Tono. Etcétera.

K-HITO, director.

Los mejores escritores humorísticos.—Concursos raros.—Secciones extrañas.—¡Contra la neurastenia!—¡Contra la hipocondría!—Humorismo sano.—Buen gusto.

COMPRE USTED TODOS LOS SABADOS

GUTIÉRREZ

Administración: RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

Lea usted

macaco

el periódico de los niños

Contiene historietas, chistes, cuentos, muñecos recortables, dibujos para iluminar, pliegos de soldados, etc., y otras muchas secciones, que son el encanto de los niños. No dejéis de comprarlo, pues además, obtendréis grandes regalos.

APARECE LOS DOMINGOS 25 céntimos

Rivadeneyra (S. A.).—Madrid.